

PORTUGALIA

MATERIAES PARA O ESTUDO DO POVO PORTUGUEZ

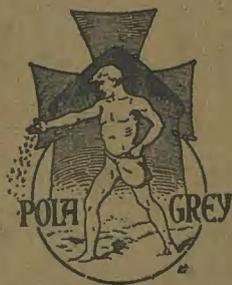
SEPARATA DO TOMO II, FASCICULO 2

HERMILIO HIGALDE DEL RIO

LAS PINTURAS Y GRABADOS DE LAS CAVERNAS PREHISTÓRICAS

DE LA PROVINCIA DE SANTANDER

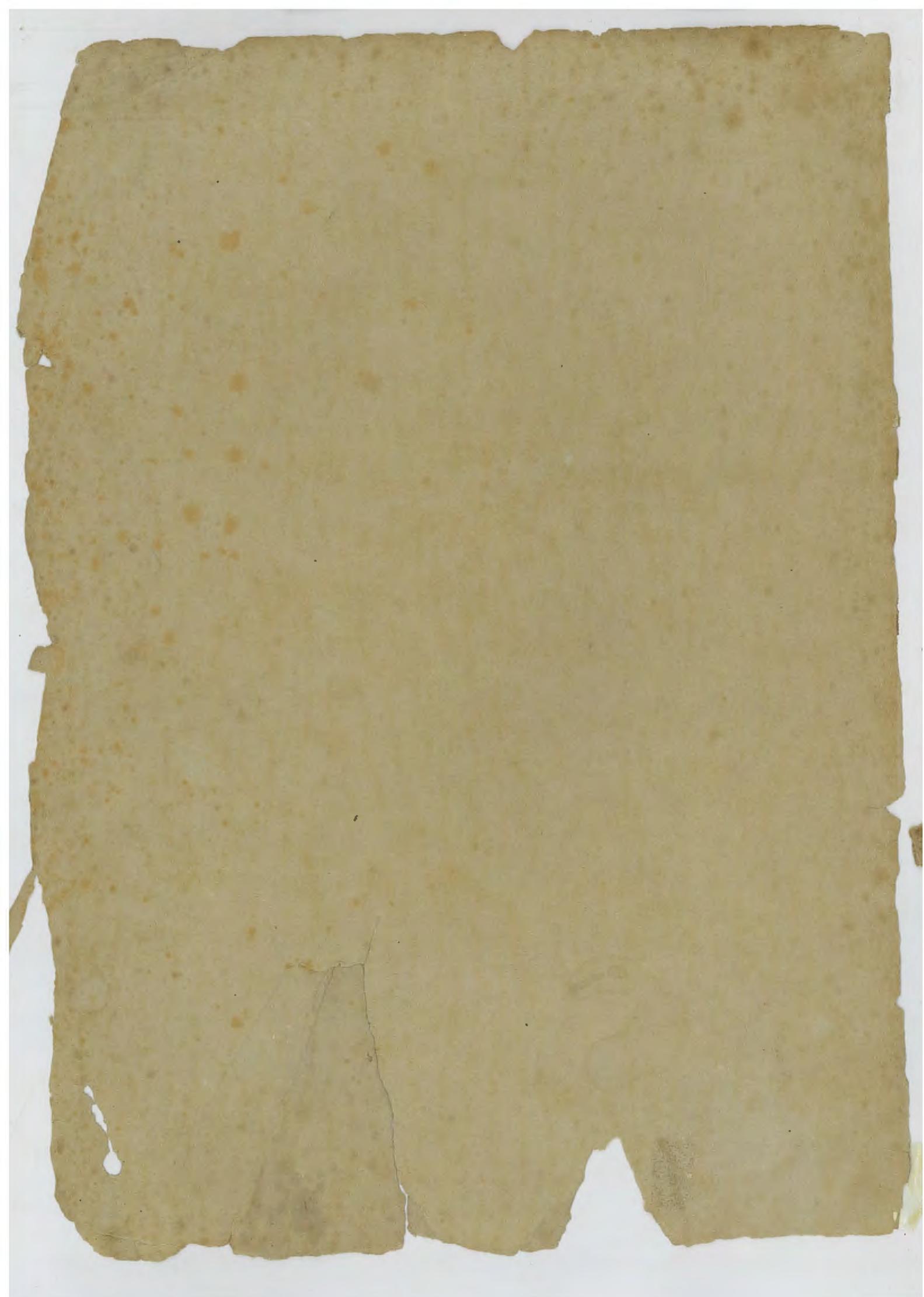
(Altámira—Covalanas—Hornos de la Peña—Castillo)



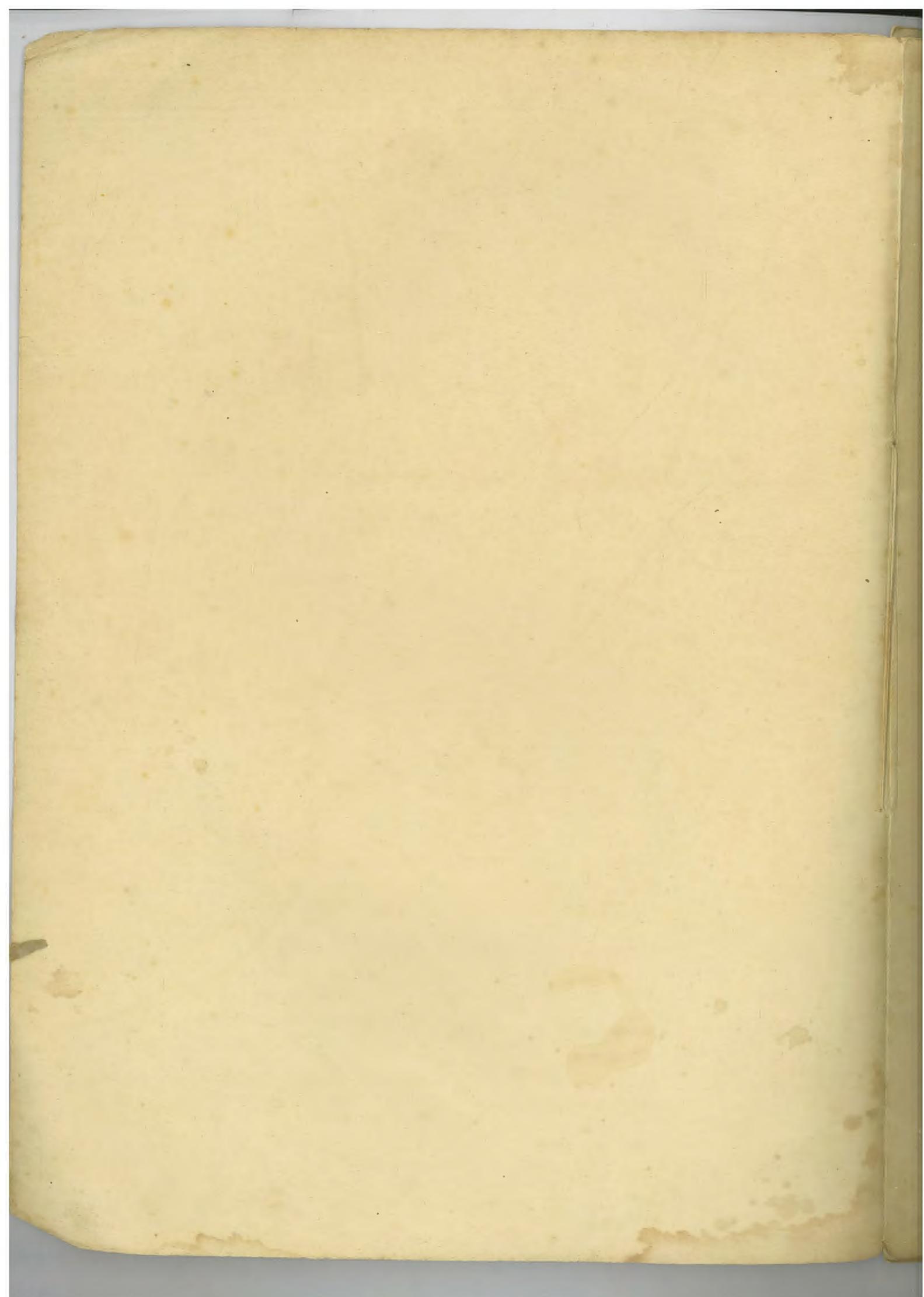
PORTO
IMPRESA PORTUGUEZA
112, Rua Formosa, 112

1906

90 (p.a.)
2



H50



Reg. n.º 13

PORTUGALIA

MATERIAES PARA O ESTUDO DO POVO PORTUGUEZ

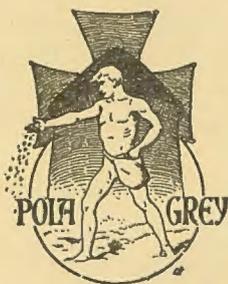
SEPARATA DO TOMO II, FASCICULO 2

HERMILIO ALCALDE DEL RIO

LAS PINTURAS Y GRABADOS DE LAS CAVERNAS PREHISTÓRICAS

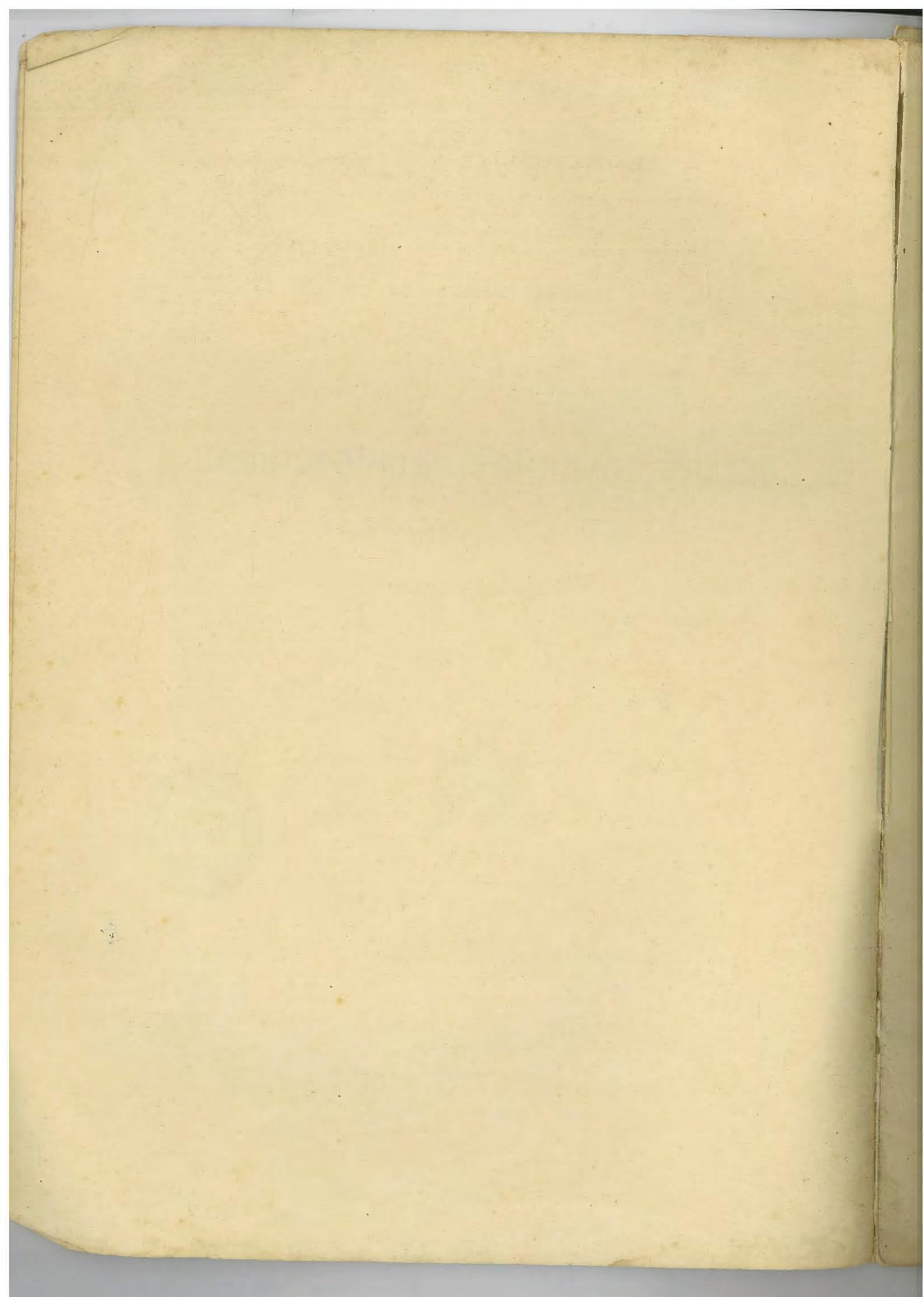
DE LA PROVINCIA DE SANTANDER

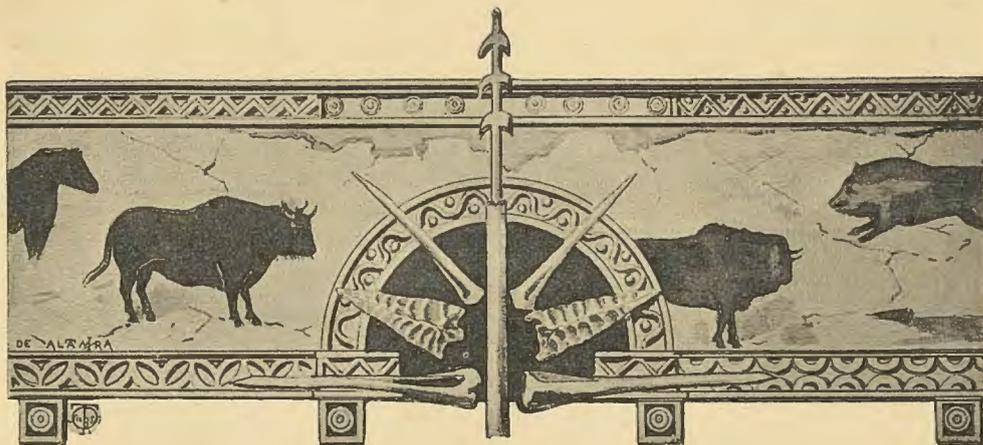
(Altamira — Covalanas — Hornos de la Peña — Castillo)



PORTO
IMPRESA PORTUGUEZA
112, Rua Formosa, 112

1906





LAS PINTURAS Y GRABADOS DE LAS CAVERNAS PREHISTÓRICAS DE LA PROVINCIA DE SANTANDER

(Altamira — Covalanas — Hornos de la Peña — Castillo)

PRÓLOGO



AL principio del verano de 1902, supe por la prensa de la capital de esta provincia de Santander la noticia del descubrimiento de grutas en la vecina República Francesa, en las que aparecían pinturas murales análogas á las nuestras de Altamira.

Escitada mi curiosidad, recurrí al buen amigo y malogrado sabio naturalista D. Augusto G. Linares en demanda de datos para apreciar en detalle aquel nuevo hallazgo. En el acto, el nunca bastante llorado amigo, mostróme un número de la *Revista de la Escuela de Antropología*, de París, que acababa de recibir y en el cual venían reproducidas en estampación algunas de las figuras, representando animales, de las descubiertas en las paredes de la gruta de *Font-de-Gaume* (Dordogne). Aunque hacía bastantes años que no veía las de Altamira, tenía las sin embargo bastante impresas en la memoria para poder evocar su recuerdo ante las reproducciones de las de *Font-de-Gaume* y establecer entre unas y otras, por la observación de la semejanza de su estilo, cierto paralelismo.

Esto hizo que concluyeran de disiparse las dudas que me ocurrían con respecto á la autenticidad de las de Altamira, tan en entredicho puesta por aquellas personas, de aqueude y allende del Pirineo, que tiempo hacía formularon su juicio robustecido con la autoridad de su fama científica, inclinándose á confirmar por cierta la leyenda que

Nota da Redacção—Publicando esta memoria de D. Hermilio Alcalde del Rio, digno director da Eschola de Artes e Officios de Torrelavega, sobre as grutas com pinturas e gravuras da provincia de Santander em Hespanha, cumpre esta revista a promessa annunciada no seu 4.º fasci-

atribuía al capricho de algun incógnito y excéntrico artista de nuestros días la paternidad de aquellas manifestaciones *apócrifas* de arte primitivo ¹.

Careciendo yo de la amplitud de conocimientos precisa para poder formar juicio de lo que significaban aquellas edades prehistóricas, en que el hombre hacía su aparición, no acertaba á persuadirme de que tales muestras de arte fueran producto de aptitudes del hombre habitante en las cavernas (al que yo conceptuaba, creyendo en el por la garantía de la ciencia, de lo mas rudimentario que podía caber dentro de un estado de completo salvajismo).

Así, pues, para dar principio á la empresa que iba á acometer, me era ante todo necesario conocer en la práctica un método adecuado y á la vez eficaz para el mejor éxito de estas exploraciones.

El anuncio de la próxima llegada de dos sabios miembros del Instituto de la Francia, M.M. Cartailhac y Breuil, comisionados para hacer un estudio directo de esta caverna, hubo de regocijarme porqué me brindaba propicia ocasión de obtener prove-

culo, e insere um documento da maxima actualidade e de alto valor para o estudo da Archeologia Prehistorica.

E' já numerosa a serie de noticias sobre as *grutas com pinturas* descobertas pelas vertentes pyrenaicas; a pag. 734 do tomo I da *Portvgalia* foi publicada a primeira serie bibliographica, desde a communicação de Sautuola sobre Altamira, primeiramente condemnada por suspeita; estão, porém, ainda em preparo as monographias completas sobre taes estações.

O estudo actual de D. Hermilio Alcalde constitue um capitulo completo sobre a parte artistica da celebre gruta de Altamira e sobre novas e inéditas descobertas, quaes as das cavernas de *Covallanas*, *Hornos de la Peña* e *Castillo*, até agora ignoradas.

Que não se julgue fóra do nosso programma, e mal cabido sob a taboleta da *Portvgalia*, este estudo referente ao Norte hespanhol. A palethnologia peninsular não se partilha consoante a divisão politica dos dois reinos ou suas provincias administrativas; os materiaes e estudos portuguezes e hespanhoes entram conjunctamente no grande capitulo ibérico; impossivel é dispensar-se o seu mutuo auxilio na sciencia particular de cada paiz e no estudo da palethnologia do Occidente europeu. Nesta revista teremos occasião de nos occuparmos com igual interesse dos factos portuguezes e hespanhoes que estão em natural harmonia; este favor de D. Hermilio inaugura a collaboração summamente honrosa dos nossos amigos e collegas da Hespanha.

O director d'esta revista expressamente visitou algumas das grutas da provincia de Santander e pessoalmente constatou a original belleza d'essa arte primitiva que se manifesta em pinturas a fresco e desenhos gravados sobre as paredes e tectos das sombrias camaras e corredores que habitaram essas familias ancestraes. Ahi teve a satisfação de verificar as minuciosas e perfeitas observações do nosso distincto collaborador, cuja descripção a *Portvgalia* dá á publicidade pela primeira vez em monographia detalhada e completa.

Oxalá ao seu auctor seja concedida pelas collectividades scientificas e officiaes do seu paiz a recompensa que é devida á sua dedicação pela sciencia hespanhola, e lhe seja prestado o auxilio necessario para completar a exploração dos depositos archeologicos existentes n'estas cavernas. Seguir-se-ha a este o segundo dos capitulos principaes da sua obra agora em inicio; resta decifrar por completo essa rica serie de documentos que o manto stalagmitico esconde e protege.

Compete ao governo hespanhol tal iniciativa, a fim de que não sejam forçados os estudiosos estrangeiros a intervir, para o bem da sciencia, e para a chronica da lberia prehistorica, com as suas descobertas no proprio solo hespanhol; é um dever de honra e patriotismo que cumpre aos chronistas do nobre paiz visinho. O exemplo de D. Hermilio Alcalde significa um estimulo e um programma; é de esperar que lhe sejam franqueados os meios de bem cumprir o seu benemerito intuito.

¹ De justicia és consignar las protestas á que dió motivo esta aseveración en los primeros años que siguieron al descubrimiento realizado por el Sr. Sautuola. Este y el Sr. Villanova, decididos campeones de la autenticidad, tanto en sus escritos como en sus discursos en la Sociedad de Historia Natural expusieron muy razonables hipótesis al fundamentar aquella opinión que el tiempo é indiscutibles autoridades han consagrado como definitivas. A D. Marcelino Sautuola hay que considerar, pues, como el *primer* descubridor é investigador de este tipo de localidades cuyo feliz hallazgo dió á conocer en 1880.

chosas enseñanzas observando los procedimientos de tan doctos y esclarecidos profesionales. Merced á ellos hube de darme cuenta de que no se trataba ya solo de las pinturas, motivo del litigio, sino tambien de las abundantísimas muestras de gráfica que esta caverna atesoraba, cual eran los innumerables grabados representando figuras de animales que ornán sus paredes y los que únicamente son fáciles de percibir para quienes poseen una vista aleccionada por la práctica de estas investigaciones.

Una vez que terminada su tarea regresaron á su país los ilustres franceses, di comienzo á la mía, disponiéndome á compensar la falta de científica competencia con la tenacidad del empeño, pronto á realizar los mayores esfuerzos. Dos meses y días hube de emplear en la fatigosa tarea de escudriñar y reproducir esta gráfica en su gran mayoría. Cuanto mas registraba los techos, paredes y suelos de sus galerías, más crecía mi asombro al contemplar las huellas de un arte para mi desconocido, que fuí cuidadosamente reproduciendo por los procedimientos mas recomendables para su mayor fidelidad. Descubrí sitios, verdaderos escondrijos de difícil acceso, en los cuales aparecían iguales muestras gráficas, que me hicieron pensar en la fiebre inusitada que por el arte debieron sentir aquellos moradores de Altamira.

No había ya que pensar en lo de la broma que constituía la tradición local. Por otra parte los frecuentes encostramientos calcáreos que recubrían algunos de estos dibujos ocultándoles casi por completo, colocaban fuera de toda duda el hecho de su reciente estampación aun llevando la cuestión á su mas material aspecto.

Cuanto mas estudiaba el caso veía mas claramente que tales manifestaciones en nada se aproximaban á la técnica de los procedimientos seguidos en épocas historiadas. Además, ni por la ornamentación propiamente dicha, ni por los caracteres que pudiéramos llamar caligráficos ó paligráficos que contiene y por la carencia absoluta de formas simbólicas, podemos por analogía colegir que Altamira presente características semejantes á las de otro pueblo señalado en la historia del arte: Hay algo, sí, que retrata á este pueblo desconocido y es: que toda la gráfica de esta caverna parece estar influida por los hábitos propios de un pueblo esencialmente cazador, que, libre de toda preocupación, rinde culto á la naturaleza reproduciéndola en aquel aspecto que le es más familiar.

Imaginé con íntima persuasión que tal localidad no podía ser un hecho aislado en esta región y manifesté este convencimiento á algunos amigos interesados en estos estudios y tambien á algunas colectividades.

Tan firme y arraigada era mi convicción que, á pesar de las decepciones producidas por quien mas podía interesarse en estos estudios, seguí adelante en mi camino sin sentir las vacilaciones y decaimientos de la duda. Y comencé la penosa y molesta tarea de recorrer y explorar la parte mas abrupta de esta provincia; el éxito coronó mis esfuerzos y hoy me siento compensado al poder ofrecer nuevos datos á aquellos hombres que con predilección se dedican al estudio de estas materias.

Veamos los resultados:

En febrero de 1903 llegó á mis noticias que en una gruta cercana al pueblecito de Ojevar, perteneciente al ayuntamiento de Rasines, los pastores habían encontrado un crecido número de osamenta humana, incluso algunos cráneos, y que las autoridades locales habían dado parte del hallazgo, sospechando pudiera constituir una prueba de la consumación de algun delito. Inmediatamente salí para el lugar del suceso y á mi

Llegada tuve la satisfacción de saber que un amigo, el ilustrado profesor de Historia Natural del Colegio de Limpias, el Padre Sierra, se había anticipado recogiendo parte de esta osamenta, ya depositada en el cementerio del pueblo hasta el esclarecimiento del caso; no sin antes garantizar que tal depósito no constituía materia judicial.

No es mi propósito entrar en pormenores acerca de este particular. Por el momento, basta apuntar que en las investigaciones sucesivas que el Padre Sierra y yo llevamos á cabo en aquel lugar, pudimos colegir que nos hallábamos ante una gruta funeraria perteneciente al periodo neolítico.

En abril del mismo año exploré una gruta cercana al pueblo de Barcenaciones, Ayuntamiento de Reocin, dando por resultado el hallazgo de un rico yacimiento arqueológico perteneciente al final del periodo paleolítico. Las paredes de ésta y la anterior gruta no presentan señales ni rasgos de dibujos.

En septiembre, en una excursión que hice en compañía del Padre Sierra por el nordeste de la provincia, logramos el hallazgo de una gruta y una caverna cuyas paredes contenían figuras pintadas representando animales. Gruta y caverna están enclavadas en las montañas de roca caliza que separan la villa de Ramales del pueblo de La Nestosa.

En octubre siguiente la suerte siguió favoreciéndome, y descubrí en las paredes y techos de una caverna situada á tres kilómetros del pueblo de Mata, Ayuntamiento de San Felices de Buelna, grabados representando figuras de animales.

Por último, en noviembre de dicho año, dí por terminadas mis excursiones con el hallazgo de una interesante caverna que contenía innumerable gráfica, de grandísima importancia para los estudios étnicos. Dicha caverna está situada en Puente-Viesgo, Ayuntamiento del mismo nombre.

Alternando con estas exploraciones, hube de dedicar mayor atención á la de Altamira, dirigiendo con preferencia mis esfuerzos á la interesante cuestión de relacionar con la gráfica mural los restos de industria que pudiera contener su suelo arqueológico.

Comencé, pues, en serio esta investigación que ofrecía ancho campo á mis deseos y durante estos últimos años llegué á retirar algunas toneladas de escombros, que metódicamente sometidos á escrupuloso y concienzudo exámen, hubieron de proporcionarme diferentes y valiosos hallazgos, y con ellos la plena convicción de que son unos mismos los depositantes de estos restos arqueológicos y los artistas que ornaran con sus pinturas y dibujos las paredes y techos de Altamira.

Daré, pues, á conocer en los presentes apuntes el estudio que tengo hecho de Altamira, Covalanas, Hornos de la Peña y del Castillo. Por ahora me limito á ceñirme á su parte esencialmente artística, dejando para otra ocasión la industrial, de que hablaremos á la vez que de otras localidades.

Quiero ante todo dejar sentada, como precedente, la protesta de que no entra en mi ánimo pasar plaza de prehistoriógrafo: que no puede abrigar tal intento quien empieza por reconocer que carece de aquella competencia científica indispensable para llegar á la entraña de estos estudios tan profundos y delicados. No es otro mi fin, ni me guía otro deseo, que el de contribuir desde la mas modesta esfera á la labor de los sabios que emplean sus esfuerzos en la trascendental obra de la reconstitución de la historia de la humanidad. Veré, pues, colmada toda mi ambición, si entre los escasos materiales que aporto la ciencia encuentra alguno utilizable.

CAVERNA DE ALTAMIRA ¹

La circunstancia de ser tan conocida la situación geográfica que ocupa esta tan interesante caverna me dispensa de detenerme á describirla.

Hállase situada su entrada al norte, careciendo su exterior de aquellas naturales defensas que á sus antiguos moradores pudieran colocar al abrigo de inesperadas acometividades de las fieras. Penetrando en ella nos encontramos dentro de un espacio de bastante amplitud que forma el átrio ó vestibulo de la misma, A, (est. 1, fig. 1) ². Su altura varía de 1^m,25 á 2^m,75. El fondo de dicho vestibulo presenta un gran amontonamiento de gruesas placas calizas, desprendidas del techo, las cuales corriéndose hácia el interior forman un muro que separa dos galerías. Penétrase en la primera, B, situada á la izquierda, tras un corto, pero rápido, descenso. Esta galería es la que ofrece materia de mayor interés para el estudio, por encerrar las célebres pinturas, únicas en su género en la época de su descubrimiento. La altura de su techo es de 2 metros á la entrada y de 0^m,90 en el fondo.

La segunda galería, C, parte á la derecha de dichos desprendimientos y nos conduce, con no muy suave declive, á la primera sala, Y, de 5 metros de altura; en el fondo de ella presenta el muro una angosta brecha que le rasga á lo alto, dejando ver en su interior una cavidad, de 5 metros de profundidad por 0^m,90 de ancha, muy interesante por los dibujos que contiene y de los que más tarde nos ocuparemos.

Dicha sala da acceso á una tercera galería, D, cuyo tránsito hacen muy incómodo los múltiples cantos que accidentan su suelo desde el arranque hasta muy cerca de la mitad de su recorrido. Termina esta galería, con rapidísimo y escalonado descenso, en una segunda sala, J, de 5 metros de nivel mas bajo que la expresada galería y de una dimensión á lo alto que varía entre 5 y 8 metros.

Concurren á la sala J cuatro galerías: una por la que hemos penetrado, y orientadas las restantes una á su izquierda, otra á su derecha y la última hácia el fondo. La de la izquierda, que por seguir el orden de numeración llamaremos cuarta, E, presenta su entrada en forma de arco adintelado, tras del cual alcanzamos á ver una especie de cámara semicircular.

¹ Esta caverna fué descubierta por D. Marcelino Sautuola en 1876, dándola á conocer en 1880 en un folleto titulado *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*.

² Véase la planta correspondiente (est. 1, núm. 1). Dicha planta, como las restantes que contiene la referida estampa, pertenecientes á otras localidades, están sugetas á una misma escala, de 1 : 1000.

La galería de la derecha, F, quinta, eleva su entrada al final de una gran rampa de formaciones estalagmíticas. Algunos sitios de esta rampa muestran claramente impresas las garras del oso y varias señales de grabados en forma de surco toscamente hechos; así como también se advierte sensiblemente la labor de los visitantes que hubieron de entretenerse en esgrafiar sus nombres, por cierto, estropeando algunos detalles de interés para el estudio.

La sexta galería G, que parte del fondo de la referida sala, desemboca, lo mismo que la anterior galería, en otra sala, K, cuyo suelo se halla cubierto de desprendimientos; el techo muestra en alguno de sus puntos señales que al parecer son de inminente ruina. En el fondo de esta sala existe un pozo natural que afecta la forma de un gran sumidero, seco la mayor parte del año, según en diferentes ocasiones he podido apreciar, y con una profundidad de 10^m,50. A la derecha y á 2 metros, próximamente, del referido pozo, parte la última galería, H, haciendo todo su recorrido entre roca viva. Esta galería cuya altura varía de 0^m,90 á 2^m,20, es también muy interesante por la gráfica que contiene.

Ligeramente descrita la parte estructural de esta caverna, pasaremos ahora á ocuparnos en la descripción de su gráfica ¹.

PINTURAS

Galería B. Como ya hemos dicho, es la mas interesante de todas y la que despierta mayor curiosidad en el visitante al contemplar las célebres pinturas que tanto han venido preocupando á los sabios. Ocupan dichas figuras una extensión de techo de 12^m,50 de largo por 5^m de ancho. Como puede verse (est. II), representan en su mayor parte bóvidos, algunos caballos, un jabalí y una bella cierva. En general, el tamaño de estas figuras está comprendido entre 1^m,20 y 1^m,60: dos ó tres no exceden de 0^m,90, la cierva alcanza 2^m,20.

Todas éstas imágenes están situadas en la parte izquierda del techo; en su extremo opuesto, ó sea en la parte de la derecha, un atento observador descubrirá que hubo allí también esta clase de estampaciones, pues así lo indican algunos detalles que de imágenes semejantes quedan aún y por los cuales se hace fácil reconstituir mentalmente la figura que pudo ser trazada. Por el centro del techo y en diferentes sentidos se extienden grandes manchones en tintas rojas; las continuas filtraciones se han encargado de esfumar su tintaje, siendo por tanto difícil el poder concretar sus contornos primitivos. No obstante, puede asegurarse que sus autores no trataron de representar animales.

Los colores empleados en la mayor parte de estas estampaciones son el negro y el rojo; el primero fué usado para el contorno y el segundo para la mancha. En algunas de estas figuras entra también en combinación con dichos colores el ocre amarillo; en otras sólo el rojo ó el negro.

¹ A fin de evitar en lo posible repeticiones de palabras y facilitar el estudio, en lo sucesivo, cuando tengamos que nombrar las diferentes galerías, lo haremos por medio de las letras con que se señalan en la planta adjunta.

Para dar mayor relieve á algunas de éstas imágenes hizose uso del raspado y rayado profundo, á manera este último de grabado en hueco.

Con el raspado hubieron de conseguir degradar ó hacer desaparecer las tintas en aquella parte de la figura que mas les convenía, presentando el fondo de la piedra, que venía á hacer las veces de un nuevo tono. Con el rayado profundo vigorizaban aquellas otras más salientes del animal representado, principalmente ojos, hocicos, cuernos y extremidades, con lo cual conseguían el que la figura tomase aspecto de pequeño bajo relieve. Hay algo sobre este último particular que induce á sospechar si tal rayado profundo (que algunas, no todas, de estos imágenes contienen) sea obra de artistas que sucedieron á los ejecutantes de ellas, los cuales trataron de ampliar estos detalles á fin de darlas mas acusación y relieve con esa tendencia que camina á la forma plástica: observación es esta, que sólo como de pasada la apunto, deducida por un exámen de la línea que encierra este grabado, la cual discrepa grandemente como técnica de dibujo de aquella que encierra la totalidad que compone la figura; (sospecha que no ha dejado en mí de tomar cuerpo al observar dos tendencias en el grabado que presenta la superficie de algunos huesos recojidos, procedentes estos del yacimiento arqueológico que esta localidad contiene, de los cuales mas adelante hé de ocuparme).

La superposición que entre sí presentan algunas de estas imágenes, hace pensar si en el conjunto de todas ellas pudieron haber tomado parte tambien artistas pertenecientes á diversas épocas; pero queda desvanecida esta sospecha, sugerida por la primera impresión, cuando detenidamente estudiamos el caso. Un exámen detenido y atento de las figuras de animales que aparecen debajo de otras nos inclina á suponer que el artista no se propuso concluir las y pintó otras encima, respetando de las primeras aquellos detalles que más le interesaba conservar; detalles estos, á nuestro parecer, semejantes en un todo á aquellos que en juicio comparativo pudieran suponerse más modernos, pues la técnica seguida en unos y otros es la misma, é iguales son tambien los materiales empleados en su ejecución.

Hé pensado muchas veces si tales superposiciones obedecerían al deseo de formar agrupaciones, luchando el artista, como es consiguiente, con el desconocimiento de la técnica de la perspectiva; no es este un caso aislado pues se repite con frecuencia en las figuras de que más adelante nos ocuparemos. Observadores perspicaces de la realidad como eran estos artistas, recurriendo á la Naturaleza como única fuente de su inspiración, segun parece desprenderse de todas sus obras, nada tendría de extraño que hubiesen intentado reproducir agrupaciones tomadas del natural.

Si con respecto á la perspectiva solo nos inclinamos al supuesto de que la sentían, aunque no acertaban á expresarla francamente, con respecto al escorzo afirmamos que le sentían y le expresaban con decisión y aun pudiéramos decir con habilidad, pues lo revela el arte con que utilizan al efecto los accidentes del fondo, como acontece con las figuras 6, 11, 12 y 23, pintadas sobre la convexidad que producen ciertas escrescencias de la piedra, que, á modo de ampollones, sobresalen en la superficie del techo. En tales figuras el artista supo aprovecharse de las formas plásticas que tales accidentes presentan, tomándolas á manera de bosquejo, que luego complementaban con aquellos detalles gráficos necesarios para la realización de la obra, en cuya ejecución, por otra parte, puede afirmarse que el experto artista no procedió caprichosamente sinó

obedeciendo á un plan fijo y premeditado; así lo evidencian la actitud de reposo en que aparecen estas figuras, los detalles gráficos tan comunes entre unas y otras, la manera de tratar el escorzamiento y aun el conjunto que ellas presentan semejante á esculturas policromadas.

En la figura 6 se observa el esfuerzo del artista, en su lucha con la técnica de perspectiva, cuando quiere hacer prevalecer á ésta: así vemos que para encajar la cabeza del animal, vuelta hácia el cuerpo y en cuarto perfil, se vale de un pronunciado saliente que en aquel sitio presenta la piedra.

Nos inclinamos á suponer que dichas cuatro figuras, por su identidad de coloración, factura, detalles y expresión de concepto, deben ser obra de un solo autor.

En el empleo de la degradación de tintas obraron muy discretamente, obteniendo en algunos casos felices resultados. Al hacer el exámen directo de estas figuras, es preciso proceder con exquisito cuidado y mucho tiento para no confundir los efectos casuales, debidos á la acción del tiempo que sobre ellas ha obrado, con aquellos otros que el artista produjo; es de absoluta necesidad por tanto, que, sin desatender el estudio de la coloración, fijemos nuestra atención mas predilectamente en el dibujo y procedimientos seguidos para alcanzar la forma de las cosas representadas.

Las figuras 16, 17 y 20 no son en puridad otra cosa que contornos dibujados con negro, en los que la línea ha sufrido cierto desvanecido que parece responder al propósito de buscar el efecto del modelado en la figura. Procedimiento completamente contrario es el seguido en la 9, que solo expresa mancha general, de color rojo, completamente aplanada, sin relieve alguno, lo que prueba la falta de previo bosquejamiento, que es causa de que aparezca desproporcionado su dibujo.

Las figuras 2, 3 y 10, por el encaje de su conjunto, por su actitud y proporcionalidad y por el movimiento de la línea, nos parecen también obra de un solo autor. Si comparamos la 8 con la 15, hallaremos también semejanza, tanto por la actitud y desproporcionalidad que en ambas se nota como por la tendencia hácia la redondez de la forma.

La figura 19—fuera de alguna analogía, en cuanto á corrección de dibujo, con la 20, que aparece bajo su cuello—no admite comparación con las demás. Un estudio detenido de esta figura, prolijamente analizada trazo por trazo y detalle por detalle, me sugiere el convencimiento de que pertenece al tiempo que las demás compañeras, aunque ejecutada en un momento de tan genial inspiración que el artista se sobrepuja á sí mismo y crea esta obra superior á las otras en que ha tomado parte.

Mi opinión respecto á todas estas imágenes mono y poli-crómas, que decoran el referido techo (con reserva de acatar todo juicio que evidencie mayor acierto), es la siguiente: Que todas ellas son producto, no sólo de una época mas ó menos determinada, sino también de una sola familia de artistas, de la cual, tres individuos cuando menos, tomaron parte en la labor; pues en toda ella se observa una misma preocupación, un mismo sentimiento artístico y aun pudiéramos añadir, no sin fundamento, una misma escuela, toda vez que si alguna variación puede haber en la técnica no afecta á la esencia de la cosa ni á su procedimiento sino á la práctica de ejecución. Que el referido conjunto aparece como sugerido por una idea puesta en inmediata práctica y cuyos resultados no han debido hacerse esperar mucho tiempo; la espontaneidad con que estas figuras han sido hechas y la facilidad con que la línea aparece empleada

inclina á suponer que esta obra ha sido realizada en corto plazo. Esto, por lo que afecta á las figuras que la referida estampa reproduce ¹.

Salgamos de esta galería, á la que no tardaremos en regresar, é internémonos en otras mas profundas, á fin de proseguir nuestras investigaciones.

Las galerías D, E y H presentan tambien sobre la superficie de sus muros imágenes de estos animales, pero delineados solamente con cortos trazos y de dimensiones mas reducidos que las de las figuras antes descritas, pues que á escepción de una que mide 0^m,90, las demás se hallan comprendidas entre 0^m,35 á 0^m,50 (vease est. IV, núms. 1 al 6). Compónense estas figuras de simples perfiles en negro. En algunas, y por efecto de la decomposición que se ha producido en la piedra, han desaparecido parte de sus detalles; no obstante lo cual se aprecia fácilmente la espontaneidad de su ejecución por la firmeza de la línea en la que no se apercibe el mas ligero indicio que indique vacilación ó arrepentimiento. La núm. 6 lleva algunos pequeños toquecitos en rojo, casi imperceptibles: és á la que antes hice alusión como de mayor tamaño, y con respecto á la cual he de añadir ahora que, por lo sobrio y correcto de su dibujo y su notable proporcionalidad, se la puede colocar entre las de primera fila de las figuras contenidas en esta caverna. Dicha figura forma ya otra escuela diferente de aquellas que aparecen en la primera galería. Ya nos ocuparemos mas detenidamente de ella al tratar de otra localidad que daré á conocer, pues es detalle muy de tener en cuenta para el estudio investigativo.

Por el movimiento expresivo que alcanzan, es de admirar un grupo de dos ciervecitas simulando una veloz carrera; tal és el señalado con el núm. 2. El núm. 3, cabeza y parte del espinazo de un asno y las dos figuras anteriores pertenecen á la galería E: el 1 á la galería D y el 4 y 5 á la galería H. Podríamos señalar más figuras de estas; pero su mal estado de conservación no permite una reproducción exacta. Todas marcan un mismo estilo y ejecución, aunque entre ellas aparezcan unas mas felizmente dibujadas que otras. En cuanto á la manera, es de notar la tendencia á seguir la de los grabados, de que trataremos en este momento.

Regresemos á la galería B.

¹ *La Revue de l'École d'Anthropologie*, Paris, correspondiente al mes de julio de 1902, que trae la descripción de los frescos descubiertos por Mr. Breuil y Capitan en la gruta de Font-de-Gaume (Dordogne), hace un resumen de los análisis hechos por Mr. Moissan de las muestras presentadas por aquellos procedentes de los colores que contienen dichos frescos. Según dicho químico son derivadas de sesquióxido de hierro y óxido de manganeso. Son por tanto iguales á los materiales de coloración que contienen nuestras pinturas de Altamira, por lo menos de parte de ellas, pues que el del carbon hizose tambien uso frecuente, según varias veces he podido comprobar no sólo en esta localidad sino en otras mas que contenían imágenes en las paredes, pues que al recojer — sirviéndome de la hoja del cortaplumas — raspaduras del negro que contiene alguna de dichas figuras y aplicarlas á la llama de la bujía que me alumbraba, he notado que tan pronto sobrevenia la desecación de ellas se quemaban produciendo cenizas, lo cual prueba la materia vegetal de que se compone dicho color. En la galería D encontré un gran pedazo, con peso de un kilogramo, de dicho sesquióxido, junto con unas cáscaras *Pecten*, en el hueco que dejaba libre la base de una gran piedra procedente de los desprendimientos. Una de las referidas cáscaras y en el apéndice que sirve de unión presentaba un agujerito intencionalmente hecho, como si hubiera sido utilizada para colgajo.

GRABADOS

Acercando la vista al techo de esta galería y aproximando la bujía lo más cerca posible, descubriremos un sinúmero de rayas, producidas por un cuerpo duro, que forman figuras fácilmente comprensibles unas, de difícil interpretación otras y las más formadas con una simplicidad de rasgos tal que nada indican. Para distinguir estas figuras es preciso hacer oscilar la llama de la bujía, buscando el claro-oscuro que produce la línea grabada, única manera de poder apreciar su conjunto.

Antes de pasar adelante vamos á detenernos por breves momentos á consignar el juicio que, bajo su aspecto material, nos merecen estos rayados. Creemos acertado dividirlos en tres categorías, á saber: 1.^a aquéllos con los que se ha tratado de determinar claramente la forma de la figura representada; 2.^a los que por su aspecto confuso y vago, no la concretan con claridad; 3.^a los que, por la simplicidad é incoherencia de sus rasgos nada indican.

Mas tarde nos ocuparemos de las primeras, por que por ellas hemos de seguir el curso de nuestras investigaciones; ahora nos limitaremos á aclarar el concepto formado de los dos restantes, pues se hace necesario no dejar pasar sin detenido exámen, que les esclarezca, ciertos detalles que pueden dar lugar á interpretaciones erróneas.

Hemos observado que en aquellas partes del techo que están á poca altura del suelo, es donde aparecen con mayor profusión esta serie de líneas indeterminadas, que llegan en algunos puntos hasta encubrir con su enmarañado tejido la superficie de la piedra. Estas líneas que, como decimos, no afectan la mas ligera forma, son simples rasgos hechos sin prévia concepción, en los que la mano inconsciente del niño se delata. Que tan solo este ha podido realizar la inútil labor, lo demuestra lo débil y superficial del hendido de la línea en la piedra, que patentiza la escasa energía muscular de la mano que conducía el instrumento empleado. Otra de las razones en que fundamos esta opinión, es el hecho de que en aquellos sitios, sólo accesibles á la estatura del hombre ya no aparecen estos trazamientos y sí aquellas figuras grabadas que expresan claramente la forma en su totalidad.

Las figuras que denomino confusas, son aquellas que determinan una forma, pero de manera tan vaga que su interpretación se halla sujeta á errores; tal sucede con las núms. 1 á 8 de trazo poco franco y en las que mas bien parece que obró la paciencia que el arte. Algunas de estas figuras, poco frecuentes por cierto, han sido ejecutadas en sitios del techo cercanos al suelo.

Tanto por la profusión, como por la variedad del decorado de esta galería, bien puede decirse que fué la cámara predilecta para la congregación de las familias que hubieron de posesionarse de esta localidad. Por otra parte, es la que reúne mejores condiciones de habitabilidad de cuantas contiene la caverna.

La reproducción de la totalidad de los grabados que se hallan distribuidos por esta caverna alargaría desmesuradamente las proporciones de nuestro trabajo y pondría á dura prueba la paciencia de los lectores; hemos creído preferible limitarnos á presentar á su exámen aquellos que nuestro criterio aprecia como más salientes y de mayor interés para el estudio.

Las núms. del 1 al 15 aparecen en el techo de la primera galería B; las núms. 16

y 17 en el muro del fondo de la primera sala I; las núms. del 18 al 25 en los laterales de la tercera galería D; finalmente las núms. del 26 a 36 en la última galería H.

La figura núm. 1, talvez hayan querido representar con ella un reptil. Las núms. 2, 3 y 4 se ven repetidas frecuentemente (he podido contar hasta diez de estas repeticiones) en el techo de la citada galería; á mi juicio, las semejantes á las dos primeras de estas, quieren representar chozas fabricadas de cañizos y soles las de la tercera. Coincido en igual opinión que Mr. Cartailhac y el Abate Breuil mientras otra interpretación más acertada no se dé de ellas. (*L'Anthropologie*, tomo 15, pag. 637).

Es interesante la núm. 5 que confusamente señala una forma humana, comprendida en otra que afecta la de una construcción de forma cónica, con dos orificios en la cúspide como dando, al parecer, salidas á llamas representadas por lenguas de fuego.

Las 6 y 7 constituyen una mezcla de humana y animal representación que recuerda la de aquellas imágenes simbólicas en actitud de súplica ó de imprecación que nos legaron algunos pueblos de la antigüedad y muy especialmente los Egipcios y Asirios. Pero hay que tener en cuenta que en estos pueblos el simbolismo encarnó en ellos por sus mismas creencias religiosas, siendo este un medio para dar valor expresivo á las manifestaciones del arte en sus formas plásticas; mientras que Altamira, por el contrario, muestra en toda su gráfica un acendrado realismo, tan vigorosamente acentuado que á veces traspasa las fronteras y llega hasta las desnudeces y crudezas del mas franco materialismo. Es lógico, por tanto, suponer que dichas figuras no alcancen una representación simbólica.

Viajeros ilustres al describir los costumbres que revelan el estado primitivo de ciertos países salvajes, refieren la manera de que se valen algunas tribus de estos pueblos para dar caza á determinados animales, la cual consiste en disfrazarse con la piel de otro animal de la misma especie y mediante este ardíd poder aproximarse sin recelo al objeto de su presa. (Bien es verdad que estas artimañas no son sólo características de los pueblos salvajes, sinó tambien de los civilizados. En esta región, no hace mucho tiempo, cuando las armas de fuego carecían de la precisión y alcance de las actuales, he oído referir á los naturales que en la caza del corzo y rebeco valíanse de semejante estratagema para acercarse á los rebaños y no errar el tiro).

Como dichas figuras aparecen con cabeza de aves, cabe suponer que quisieran representar el disfráz de que se servian para la caza de los grandes pájaros, tales como el *manco ó bobo*, si es que esta especie de los *aptenoditidos* anidó en estas costas durante la época de los moradores de Altamira.

Podríamos también suponer que sean representaciones con las que nos dan á conocer sus aficiones á la danza, que tal vez ejecutaron á la manera de algunos pueblos salvajes de la Oceanía, los melanesios, por ejemplo, haciendo uso de disfraces ó máscaras.

Esta misma provincia de Santander conserva en algunos de sus lugares ciertas costumbres que indudablemente son reminiscencias de las de otros pueblos cuya existencia en el tiempo es antiquísima; como sucede con la que vamos á referir y que, por cierto, tiene muchos puntos de contacto con las danzas á que hemos hecho alusión.

En el último día del año se celebra en determinadas aldeas una fiesta llamada de la *vijanera ó viejanera*, que consiste en ciertas danzas que pudiéramos denominar salvajes. Al romper el día, los individuos que toman parte activa en el festival, que suelen ser los dedicados al pastoreo principalmente, se lanzan á la calle cubiertos de

piés á cabeza con pieles de animales y llevando colgados á la cintura innumerables campanos de cobre. Enmascarados con tal original y salvaje disfráz, corren, saltan y se agitan como poseidos de furiosa locura, produciendo á su paso un ruido atronador é insoportable. Entregados á este violentísimo ejercicio pasan el día y entre ellos será el héroe de la fiesta quien haya derrochado mayor energía y agilidad en sus movimientos y sea el último en rendirse al cansancio. Al caer la tarde se congregan en el límite fronterizo á la aldea vecina, sin traspasar los linderos que les separan y allí esperan á los danzantes de esta, si en ella se ha celebrado igual festejo. Cuando se encuentran frente, ambos bandos se preguntan en alta voz: «Qué queréis; la paz ó la guerra?» Si los interrogados responden «la paz» avanzan unos y otros, se confunden en fraternal abrazo y dan principio seguidamente á la danza final. Si por el contrario la respuesta es «la guerra» lánzanse los unos contra los otros y se muelen á golpes hasta que sus cuerpos, ya rendidos y quebrantados por el ejercicio del día, dan por tierra tan bien asendereados y maltrechos, que es precisa la intervención de los vecinos pacíficos para irles transportando á sus hogares. Y así es como termina esta fiesta que, hoy, ya sólo en muy contadas aldeas se celebra.

Se hace por tanto suponer que el artista sugiriera para esta representación hechos semejantes á los mencionados y por tanto tomados de la vida real. Si en el hubiere encarnado una idea simbólica, esta misma idea veríamosla repetida frecuentemente en la numerosa gráfica contenida en esta caverna, y nada en verdad hay en ella que no proclame el más ingenuo realismo.

Sigamos, pues, haciendo análisis de estos grabados:

El núm. 11 nos muestra con entera claridad un perfil de cabeza humana de una acentuación tan vigorosa que hace creer que el artista recogió los rasgos fisonómicos del tipo de su raza. Es este un detalle digno de tenerse en cuenta porque puede contribuir como poderoso auxiliar al estudio de la antropología prehistórica.

No llamaría la atención sobre la figura núm. 15, si la actitud en que se nos presenta no la hubiere visto repetida en otra localidad *Hornos de la Peña*. Este caso demuestra la domesticidad del animal objeto de representación, pues que las ligaduras que cercan su cabeza no son líneas que obedezcan á la forma estructural del mismo, sinó rasgos que determinan el estado de aprisionamiento del caballo.

Las aves tienen también su correspondiente gráfica en Altamira y he observado que con frecuencia las presentan por parejas y como en actitud de procrear. Los núms. 13 y 22 forman parte de estas agrupaciones. El primero de estas por su largo plumaje, gruesa cabeza y pico ancho recuerdan á la familia de los *loros*. Algo en ellos que nos recuerden la especie de los *aras*.

Es sorprendente la figura 31 con la cual no sabemos qué es lo que habian querido expresar estos artistas. Observando el enlace de la línea deduciremos desde luego que las dos figuras agrupadas han sido producidas de una sóla vez, en un sólo momento de ejecución. Si la figura que aparece sobre el lomo de la otra presentara analogías de forma con su adjunto, podríamos decir de ambas lo que de la 13 y 22 apuntábamos, mas habremos de desechar esta interpretación toda vez que ninguno de los rasgos característicos de la primera ofrece analogía con el género del animal á que pertenece la segunda. Es mas lógico suponer que el artista se propusiera representar una lucha entre una fiera hábil para el asalto y el bisonte.

FIGURAS ORNAMENTALES

La gráfica que pudiéramos llamar ornamental y que esta localidad presenta, no corresponde en número á la demás decorativa que ella contiene.

Si los pequeños motivos que de caracter geométrico nos muestra, no los hubiésemos visto en gran profusión repetidos en localidad distinta de la que ahora nos ocupamos, tal vez pudieran pasar desapercibidos para nosotros, no conceptuando estos mas que como pequeños detalles pasajeros. Como hemos de ver más adelante, estos artistas no se limitaron á reproducir sólamete de la naturaleza los seres vivos y visibles que les rodearan, sinó tambien las cosas inanimadas que su inteligencia le sugería; pero debemos tener en cuenta para nuestro estudio que en una y otra manera de manifestarse obraron separadamente sin enlace ó trabazon entre unas y otras cosas representadas, por tanto sin que aquellas formen cuerpo de composición con estas.

La *zoología* y la *geometría* fueron los arsenales á que recurrieron en busca de materiales que constituye su obra. De la primera ya hemos visto el uso que de ella han hecho; mas lo que constituye realmente una rareza, y más cuando estos artistas aparecen con un dominio tan grande en el manejo de la línea, es que no hicieran uso de la *botánica*, siendo este reino de la naturaleza uno de los que tantos elementos aporta para la composición; por lo menos no he llegado á ver el más pequeño detalle que indique un tallo, una rama, una flor, en lo mucho dibujado que sobre las paredes de diferentes cavernas he visto hasta hoy.

Que es realmente una rareza que no representen motivos tomados del reino vegetal lo prueba el que si hacemos un recorrido de los pueblos más antiguos historiados, examinando el producto de sus manifestaciones de arte, veremos que no hicieron exclusión de aquel reino de la naturaleza; así por ejemplo, los egipcios nos muestran con frecuencia la flor de loto ó nelumbo, la palmera, el papiro; los asirios babilónicos la palmera, los helechos, las algas; los persas motivos semejantes tomados de estos pueblos, de donde adquirieron su civilización; la India forma parte de su rica y fantástica decoración la rosa, el mirto, el laurel, el bejuco, cierto que estos pueblos, cuando ellos se nos dan á conocer no es en su propio origen, sinó en un grado de civilización superior.

Si establecemos comparaciones con tribus salvajes que por su estado social presentan el más primitivo y rudimentario atraso de civilización, al manifestar éstos sus aptitudes artísticas, recurren á la zoología, á la botánica, y á la geometría; cierto que de la primera y más particularmente de la tercera hacen el mayor alarde, más no excluyen la segunda. Bastará para cerciorarse de ello dirigir una ojeada ante objetos que encierran las vitrinas de los principales museos de etnografía, procedentes de tribus salvajes, principalmente de los oceánicos.

Pueden servirnos también de ejemplo nuestros mismos pastores, los de esta región montañosa, en donde aparecen estas localidades que doy á conocer. Examinando los objetos de madera que su industria produce, *almadreñas*, *zapitos*, *colodras* y *palos de defensa*, veremos que el decorado de ellos, en forma de grabado ó entallado, ejecutado á punta de navaja, guarda estrecha analogía en cuanto á su composición con la de los

pueblos en estado salvaje. El estilo geométrico es el principal componente de su decorado, más ellos no hacen exclusion de la botánica.

Los *palos de defensa* á que antes me he referido recuerdan las mazas arrojadas de los australianos, así como su decorado se asemeja al que contienen los *palos mensajeros* que con escritura simbólica proceden de estos pueblos.

Este arte pastoril de nuestros indígenas tiene el sello de lo primitivo, esto obedece á que los individuos no están sugeridos por influencias exteriores; su aprendizaje es personal y espontáneo, siguen una tradición y obran no por sentimiento ó inspiración, sino por rutinario procedimiento mecánico. Fuera de esta decorativa especial les es difícil hacer otra. Si posible fuera conservar objetos análogos de hace cientos de años, seguramente no habrían de diferenciarse.

Mas volviendo al motivo, objeto por el cual he establecido comparaciones para estudiar el caso, digo que todos los pueblos en que el arte se manifiesta en su infancia no excluyen en la ornamentación el reino vegetal por completo. ¿A qué obedece, pues que el artista altamirense hiciera tal exclusión? No es fácil interpretarlo, máxime, como llevo dicho, cuando el dominio de la línea alcanzó en ellos un grado de desarrollo donde no llegaron muchos de los pueblos antiguos historiados.

Entremos, pues, á describir estas figuras ornamentales que Altamira presenta.

El apéndice que la sala primera I contiene, del que tengo hecha ya mención, presenta en su interior con tinta roja las figuras siguientes (véase est. ix, grupo núm. 12) ¹. En el techo, en un saliente del mismo, las que adoptan formas parecidas á BB, éstas espaciadas proporcionalmente, tal cual la lámina las presenta, tienen un tamaño de 0^m,28 á lo alto. Las restantes, á manera de fajas ó cenefas, corren á lo largo de los muros laterales sobre pequeños salientes acornisados que estos presentan; dichos dibujos alcanzan algunos de ellos 2^m,50 con un ancho de 0^m,10 a 0^m,15.

Estas fajas presentan desde luego una franca composición; ellas muestran que el artista obró por pura fantasía al representarlas, cosa que no podríamos decir lo mismo con respecto á las anteriores, pues que pudieran ser motivos sugeridos por forma real de cosas ú objetos directamente tomados del natural; desde luego el conjunto que á todo ello envuelve es puramente un sistema ornamental de carácter geométrico.

La galería H final, cerca ya de su conclusión presenta en el muro de la derecha varias figuras agrupadas que la est. iv núm. 16 reproduce. Con estas figuras cabe la misma objeción que hicimos al hablar de las anteriores; desde luego el que ahora nos ocupa es un trabajo lineal también, de carácter escaleriforme, sin la elegancia que aquellos representan, pues en éste su autor revela más paciencia que gusto en su confección.

Al partir de la tercera galería C hasta el final de la caverna muéstranse en todo el recorrido numerosos trazos negros que no sabemos si colocarlos en la categoría de *signos*, marcas particulares ó simplemente señales caprichosas que indiquen un paso por estas galerías (véase est. iv núms. 7 á 15). Los números catorce primeros per-

¹ Se estrañará el lector el ver estas figuras en estampa perteneciente á otra localidad. Ha tenido esto por objeto el aprovechar el tintaje del otro grabado y á la vez poder fácilmente establecer comparación con las figuras que ella contiene.

tenecen á varias galerías y el grupo señalado con el núm. 15 á la última, comprendido este entre un espacio de 15 metros.

Me inclino á creer qué, si no todos, la mayor parte de estos trazamientos no han obedecido á otra idea que á un mero capricho.

ESTRATIGRAFÍA

Los restos de *cocina*, de *comida*, de *industria* que constituyen el yacimiento arqueológico de esta caverna, aparecen localizados en su primera parte, ó sea en el vestíbulo A y en la galería B.

Antes de dar á conocer este yacimiento conviene precisar algunos detalles que nos ayuden á reconstituir su formación para mejor deducir consecuencias.

Al atravesar el vestíbulo con dirección á la galería de pinturas B, observaremos que el techo marca tres hileras de escalones casi paralelas; el primero de estos, dentro ya de la galería B y próximo al sitio donde aparecen las primeras pinturas, el segundo cuatro metros separados de aquél, y el tercero á igual distancia del anterior.

Los desplomes que al primero y segundo tablero corresponden, hubieron de verificarse con anterioridad al tiempo en que esta caverna sirviera al hombre de refugio; y con posterioridad á su abandono los correspondientes al tercero. En estos últimos la caída debió producirse lentamente, comenzando tal vez á raíz de ser deshabitada esta localidad. Que no fué simultánea la caída en los desprendimientos correspondientes al primer tablero lo prueba el hecho de que unos posan directamente sobre los restos de comida y otros sobre gruesa capa de formaciones estalagmíticas que cubren á su vez parte de dichos restos.

Para deducir que los desprendimientos empezaron á producirse á raíz de ser deshabitada, no hay más que observar las adherencias de huesos, sílex, etc., en la superficie de la base en que dichos desprendimientos asientan; claro indicio de que el tiempo en que estuvieron al descubierto los referidos restos no fué de larga duración; si lo hubiera sido aparacerían recubiertos cuando menos por una ligera capa sedimentaria.

Los peñascos de formas poligonales, correspondientes al primero y segundo tablero, que han rodado por el suelo y obstruyen el rápido descenso que sirve de tránsito entre el vestíbulo y la galería de pinturas, les considero, repito, como desprendidos con anterioridad á la ocupación de la caverna.

Algunos entusiastas de las pinturas correspondientes al primer tablero que el techo de la galería B contiene, han supuesto si la parte desplomada habría arrastrado algunas otras pinturas de este género, fijándose en que la fractura del techo está próxima al sitio donde aquellas comienzan. Puedo asegurar que las pinturas no han sufrido desperfecto «por lo que atañe á este accidente», pues, como demostraré, esta fractura se produjo con anterioridad á la época en que el hombre tomó posesión de esta caverna ¹.

¹ Efectivamente, antes de haber comenzado el trabajo de descombramiento de la parte del yacimiento arqueológico correspondiente á este sitio, me asaltaba la duda de que tales desprendimientos fueran posteriores á la formación de aquél, juzgando por la apariencia que, en efecto, daba motivo á

Rebuscas en el vestíbulo—Para hacer un estudio serio y detenido del yacimiento que esta parte contiene, se precisa retirar antes la masa de bloques que sobre él pesan; de no realizar esta operación previa, el estudio será deficiente porque no se pueden determinar con exactitud los niveles ó camadas que entran en su formación, y su exploración será peligrosa, porque teniendo que llevarla á cabo sirviéndonos de algunos de los huecos que separan las piedras, se corre el riesgo de que al verificar los escarbos por debajo, sobrevenga un corrimiento y nos aplaste.

Por los pequeños sondeos, á que he limitado mi trabajo en esta parte, he podido deducir que el sitio destinado á hogar estuvo situado próximo á la entrada, pues así parece denunciarlo la espesa y profunda masa de *restos* constituidos por residuos carbonosos y huesos y pedruscos calcinados que hay en este sitio. En cambio apenas se encuentran huesos trabajados y aún muy pocos sílex, esquirlas en su mayoría. Según vamos adelantando, hácia el interior ofrece esta formación menor cantidad de residuos de fuego y mayor abundancia en útiles de piedra y de hueso, con la particularidad de que son más numerosos y mejor trabajados los que á mayor profundidad se encuentran. A este sitio pertenece el trozo de costilla conteniendo líneas grabadas que representa el dibujo núm. 8, est. v.

Conceptuando poco completos los trabajos de exploración que he realizado en dicho sitio, no me resuelvo á darlos á conocer con detenimiento y habré de limitarme á una sumaria exposición, á fin de no incurrir en posibles errores. Dejo, pues, para otra ocasión el presentar mayores datos, confiando en algún auxilio que se me preste y merced al cual pueda desembarazadamente proseguir la exploración detenida de todo el yacimiento arqueológico que esta localidad contiene y del que espero han de obtenerse materiales de grandísimo interés é importancia para los estudios de etnografía prehistórica.

Rebuscas entre el vestíbulo y la galería B—Los restos que, como he dicho, se encuentran en esta parte depositados entre los grandes huecos que separan las piedras, han sido objeto principal de mi estudio. Dos son los niveles ó camadas que al parecer marca la formación de este depósito: el primero, de menos espesor, es abundante en mariscos, dominando en él las *patellas* y *litorinas* y alguno que otro, aunque raro, *pectenes*; los huesos que se encuentran son generalmente pequeños, hendidos y esquirlas en su mayoría; lo contrario ocurre en el segundo nivel en que los mariscos son menos abundantes, los huesos de mayor grosor y prolongación y aún es frecuente encontrar enteros los apéndices de astas de ciervo ¹.

Estas camadas ó niveles posan directamente una sobre otra y sólo las diferencian las tierras de que están formados y los objetos que en ellos aparecen. El pri-

creer que ellos habíanse ido sumergiendo por su propio peso entre los escombros; mas hube de desechar este supuesto á medida que, llevando adelante este trabajo en una superficie de veinte metros, llegué á profundizar hasta la base de su formación y ya entonces, al quedar al descubierto estas piedras, pude apreciar claramente que su asentamiento no era otro que el formado unos entre otros, habiéndose por tanto rellenado los huecos que las separan con los referidos restos de comida.

¹ En uno de mis últimas viajes á Madrid tuve la curiosidad de llevar varios fragmentos de estas astas de ciervo y compararlas con las de los animales de su misma especie que contiene el Museo de Historia Natural, y observé que sólo los de un ejemplar, el del gran *Ciervo Canadiense*, alcanzaban el grosor y longitud de los de Altamira.

mero, cuyo espesor varía entre 0^m,35 y 0^m,45, compónese de una tierra color pizarroso y muy ligera, cual sí en su formación entráse un compuesto de tierra estéril y de cenizas carbonosas y pequeños pedruscos calizos y cantos rodados. El segundo, cuyo espesor varía entre 0^m,40 y 0^m,80, está formado en su mayor parte por sedimentos calizos y arcillosos, escaseando los residuos carbonosos. Más lo que verdaderamente diferencian á estos niveles ó camadas son los restos de industria que cada cual contiene. El nivel superior muestra ser más abundante en industria de hueso que el inferior. En aquel los útiles de piedras son menos numerosos y variados y á la vez de un trabajo no tan concluido como los del segundo; así como en este hay menos variedad en útiles de huesos; pues realmente en el primer nivel parece dominar una marcada tendencia á sustituir con la industria del hueso la de la piedra.

Es de notar también que el hombre perteneciente al segundo nivel se muestra más artista que el del primero; así parece indicarlo hasta la misma fabricación de los útiles de sílex, en los que se advierte un gusto exquisito: las puntas de flechas y jabalinas, los percutores y raspadores, los buriles y lancetas, etc., son en su mayor parte obras delicadas y de esmero, y demuestran que aquellos artífices no se limitaban al simple lascamiento de la piedra aprovechando su forma casual, sinó que sabían concebir la obra y rematarla empleando después del lascamiento el toque y retoque, bien por una sola cara ó bien por las dos, según el destino á que fuera dedicado el útil. Los amuescamientos que contienen algunos de estos útiles denuncian una prodigiosa habilidad ¹.

Estos trabajos de piedra discrepan indudablemente de los del nivel superior en que, en este, el artista más utilitario sin duda, sólo utiliza esta materia como instrumento para el trabajo en hueso.

Más lo que en realidad evidencia la superioridad artística de los trabajos del segundo nivel, es el hecho de que en algunos casos llegan á consagrar sus aficiones al arte por el arte, de modo tan exclusivo que desatienden en absoluto la parte utilitaria del objeto. Nuestros lectores podrán comprobar esta observación en la est. v, núms. 1, 4 y 6, que presentamos á su exámen.

Representan dichos dibujos fragmentos de huesos pertenecientes á escápula de caballo ó de ciervo. Sus caras contienen grabadas figuras de animales con hábil acierto trazadas, de línea segura y libre de arrepentimientos, á la vez que delicada y expresiva. El objeto, como puede apreciarse, no tiene aplicación industrial ó práctica y es por tanto esencialmente artístico. Sensible es que estos huesos hayan aparecido fragmentados, pues las figuras que contienen tuvieron sin duda su continuación complementaria. Procedentes de este sitio, poséo otros de estilo análogo pero de difícil reproducción.

Comparemos, pues, estas muestras con las procedentes del primer nivel que señalan los núms. 2, 3 y 5 de esta misma estampa y los que van acompañando á la presente página. Los núms. 2 y 3 de la referida estampa representan un útil que procede de asta de ciervo, visto de frente y por sus dos lados; el fracturamiento que contiene parece indicar que fué producido por una gran presión, tal vez ejercida en el uso á que se le

¹ M.M. G. y A. MORTILLET en su obra *Le Préhistorique*, presentan como pertenecientes á la época Solutréenne varios dibujos de algunos útiles de sílex idénticos (especialmente los señalados con las figuras núms. 33, 43 y 44 de la referida obra) á los recojidos por mí, procedentes de este segundo nivel.

destinaba; la extremidad que presentan sus caras hace suponer que fué empleado para alisar pieles. El núm. 5 es un apéndice de asta de ciervo, cuyo dibujo aparece desdoblado para apreciarle en todas sus caras; la fig. 1, incluída en esta misma página, es un hueso en esquirla procedente del fémur, y desde luego se comprende que fué destinado á servir de cuchillo, pues que uno de sus bordes y en toda su longitud aparece desgastado en bisel por ambos lados á fin de formar un borde cortante. La fig. 2 es un pequeño fragmento de un apéndice de hasta de ciervo.

En unos y otros son de apreciar grandes diferencias en cuanto á la técnica de procedimiento en el decorado. En los del primer nivel parece dominar cierta tendencia hácia el entallado y como una transición entre el grabado y aquel. Este procedimiento de grande ahuecamiento en la línea nos recuerda un detalle, en que nos deteníamos al hablar de las pinturas de la primera galería, cuando mencionábamos cierto rayado profundo, que contornaba algunas partes del animal representado; en puridad es uno mismo el procedimiento. Y, ya que hemos establecido esta comparación entre la gráfica rupestre y esta que contienen los huesos, continuaremos sosteniéndola para que con toda claridad podamos persuadirnos de la grande relación y enlace que entre una y otra existen, y á la vez vayamos desvaneciendo todas las dudas, no sólo en lo que se refiere á la autenticidad de cuanta gráfica mural decora á esta caverna, sinó también con respecto á la época á que ella pertenece y que no es otra que la que determinan estos restos de que nos ocupamos.

Comparemos el núm. 1 de la est. v, por ser el más completo de los tres que marca la série, con algunos de los grabados que las paredes de las galerías contienen: sean estos, por ejemplo, los núms. 18, 27 y 32, est. III. Uno y otros, como sin duda apreciará el lector, tienen ese aire de familia que determina el parentesco próximo, un mismo movimiento de línea les caracteriza, una misma tendencia les informa y unas mismas son también su factura y su ejecución. Es más: yo me atrevo á suponer que estas figuras no sólo son producto de una misma escuela, sinó que tal vez pertenecen á un mismo artista; especialmente la que aparece señalada en hueso, y la núm. 18 grabada en la pared, determinan el mismo encaje de silueta.

En presencia de estos hallazgos, claro es que no se hace necesario forzar la imaginación para demostrar que el hombre, que contribuyó á la formación de este yacimiento arqueológico, poseía aquellas aptitudes artísticas que evidencian las ornamentaciones de los muros y techos; por tanto no cabe dudar que, quien llegaba á mostrar sus aficiones por el arte en la superficie de los huesos, lo mismo había

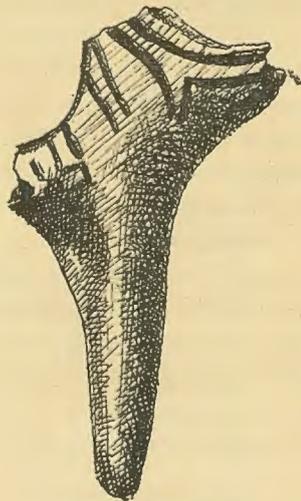


Fig. 2—De Altamira
Gr. nat.

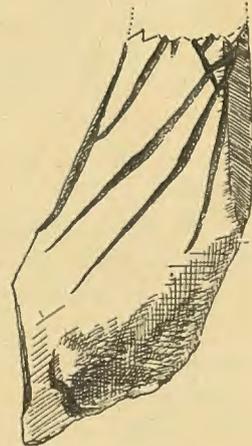


Fig. 1—De Altamira
 $\frac{2}{3}$ gr.

de hacer en cualquiera otra materia apóposito. Sí se hubieran hecho este lógico razonamiento algunas personalidades, no hubieran lanzado juicios tan erróneos acerca de la

autenticidad de la gráfica mural de esta caverna, juicios no disculpables en nuestros vecinos ultrapirináicos al emitir tan desacertadas afirmaciones, pues que ellos poseían objetos procedentes de distintas localidades, los cuales demostraban que el hombre perteneciente á su época poseía aptitudes para el arte ¹.

Un adagio vulgar, pero de axiomática certeza, dice: «el que dibuja, pinta»; por tanto la materialidad del color significa poco, y menos demostrándose que esta materia colorante podía encontrarse en todo tiempo al alcance de la mano. Fué, pues, sensible que una falta de detenida meditación dimanase de gentes sabias, que con el prestigio de su autoridad científica motivaran, no sólo que surgiera la desconfianza, sino, lo que es peor, que se retrasara por largo espacio de tiempo el avance de estos estudios. Por las circunstancias que en él concurrieron, recuerda este caso el del sabio de Abbeville, M. Boucher de Perthes, cuando dió á conocer las primeras manifestaciones industriales del hombre del paleolítico.

Continuando nuestra investigación, hemos de precisar también algunos otros datos de importancia que ambos niveles proporcionan, con lo cual demostrarán una vez más la íntima relación que existe entre estos y la gráfica mural. Ambos niveles contienen gran cantidad de materia colorante, la misma que hubo de ser empleada en las figuras que decoran los techos y paredes.

Ya indiqué, al tratar de estas figuras, que su coloración procedía de un *sexquióxido* de hierro ó hematites roja, para el tono rojo; manganeso ó carbon, para el negro; y ocre, para el amarillo. La primera materia se presenta en abundancia; tengo recojido en ambos niveles más de tres kilogramos en diferentes pedazos, de los cuales algunos muestran bien claramente haber sido utilizados, pues que sus caras aparecen desgastadas y bruñidas de haber sufrido frecuentes restregamientos contra la piedra para producir el tintaje. De la segunda, ó sea el manganeso, y de la tercera, el ocre, es poca la cantidad recojida; unos ciento cincuenta gramos.

No se hizo sólo uso de esta materia colorante en las paredes, sino también en objetos de fácil transporte, pues que algunos huesos, principalmente en las astas de ciervo, suelen presentar señales de haberse aplicado el color rojo. La misma observación hemos hecho en numerosos cantos rodados y en algunos instrumentos de silex. Cuando descubrí el primero de estos cantos rodados, inmediatamente recordé los célebres *galets* coloridos, recojidos por el sabio arqueólogo Mr. Piette en la gruta de Mas-d'Azil. Desde este momento tuve el cuidado de ir repasando cuantos cantos rodados de su clase encontraba, los cuales rápidamente sumergía en el agua, uno por uno, á fin de hacer desaparecer las adherencias terrosas que les recubría, y poner al descubierto la pintura, sin que esta sufriese deterioro. Entre la abundante colección reunida no he encontrado ninguno, que presente dibujos claramente determinados; unos evidencian que sirvieron para triturar color; otros, después de presentar sus caras lascadas, fueron recubiertos toscamente de color amarillo y rojo, y algunos que suscitan la duda de que, acaso, las señales que contienen, pudieran ser puntos. En los de Mr. Piette parece que concretan claramente el carácter geométrico del dibujo.

¹ Argumento muy atendible, que los señores Vilanova y Sautuola hubieron de emplear ante los detractores de la autenticidad de las pinturas de Altamira, á raíz esto de su descubrimiento.

Yo creo ver en estos cantos por mí recojidos que su coloración es casual en unos, por haberse utilizado como trituradores de la materia colorante, y en otros á cierta especie de señalamientos que servían para distinguir la calidad de la piedra apropiado para el lascaje, pues que de esta clase de piedra hacían un gran consumo para la obtención de útiles, con lo cual suplían al sílex. Dicha piedra, que se compone de una arenisca muy compacta y dura, procede de las aluviones del río Saja, á tres kilómetros de distancia de la caverna.

Respeto á objetos de hueso que determinen trabajos de escultura, tales como los que aparecen en diferentes localidades francesas, no he encontrado el más pequeño vestigio, no obstante que se aproximan á veinte las toneladas que de estos restos, que constituyen el depósito, llevo retiradas, los cuales he sometido á escrupulosa observación.

RESÚMEN

De Altamira no cabe dudar que toda su gráfica rupestre es obra perteneciente al tiempo que determina el yacimiento arqueológico que contiene.

Este depósito parece constituir un sólo hecho en dos series de niveles ó hiladas, que unicamente se distinguen entre sí por los restos que cada cual contiene; pues realmente ambos niveles descansan uno sobre otro directamente sin que les separe estratos ajenos á su formación. El nivel superior marca abundancia de huesos trabajados, y cuyos útiles que los constituyen, sobrepujan á los de piedra; así como en el inferior, los de esta última materia aparecen con una mayor variedad y mejor trabajo que revela gusto en la confección, siendo menos variados y abundantes los de hueso. Mas el verdadero distintivo, que caracteriza á este segundo nivel, es que el hombre perteneciente al mismo muestra condiciones artísticas superiores á las del primero; así como este muestra un avance de industrial progreso á la vez que un decaimiento en aptitudes artísticas con respecto al segundo. Hay que suponer, por tanto, con fundado motivo, que cuanta gráfica más saliente, como técnica, decora las paredes y techos de esta caverna, pertenece á este referido segundo nivel; así como la parte que pudiéramos llamar ornamental y el empleo del grabado de trazo grueso son obra del primero.

Altamira no es de aquellas localidades que presentan confusiones para su clasificación, pues, como habitación del hombre, marca sólo un tiempo bien caracterizado y en el cual muestra que aquel sólo hizo empleo, para atender á los diferentes usos que demandaba la vida, de la piedra sin pulimento y del hueso. Por tanto, como habitación del hombre, cabe sólo dentro del periodo que marca el paleolítico.

Más dicho periodo de tiempo, que comprende el cuaternario antiguo, es dividido en épocas ó series por paleontólogos ó arqueólogos, clasificando estas segun las aficiones de cada uno, bien por la fauna que cada una presenta ó bien por la evolución que marca la industria del hombre.

Nosotros hemos de seguir la clasificación arqueológica, que es lo que más se ajusta á nuestro género de investigaciones, como también más precisa, segun he podido obser-

var por los datos que llevo recojidos de cuantos trabajos de este género he realizado hasta ahora dentro de esta región ¹.

Ciñéndonos, pues, á la clasificación empleada por G. y A. Mortillet y que parece, con algunas diferencias, adoptarla la mayoría de los prehistoriógrafos, resulta que Altamira, por los restos que su industria presenta, marca la época Solutreana y Magdaleniense, caracterizada la primera por sus puntas amuescadas (tipo Eyziano).

Mr. Piette, sabio arqueólogo é infatigable investigador de esta ciencia, no está conforme con las clasificaciones de Mortillet, que dona—segun él—de nombres de localidades á las épocas, á imitación de Orbigny para las divisiones geológicas. Juzga que Solutré no es más que una estación notable por su industria que, como Laugerie-Haute, se distingue por el tipo que presentan sus puntas en forma de hoja de laurel. Agregando al testimonio de Lartet y Christy, funda por tanto que la Magdalena y Solutré constituyen un mismo hecho de nivel variable.

Teniendo pues en cuenta tales datos, que trasladamos á esta localidad, hemos de creer que sí, ella no corresponde á dos épocas distintas, por lo menos marca dos series de civilizaciones dentro de una misma, caracterizadas la primera por el mayor desarrollo en la industria de piedra y la segunda por la de hueso.

Por último creémos que Altamira constituye un tipo nuevo de localidad, que debe servir como tal para establecer comparaciones con los de su mismo género. Ella fué la primera que con su descubrimiento nos dió á conocer el arte de su época, y hasta la fecha sigue demostrando que en ella fué donde este alcanzó su más alto grado de desarrollo; por tanto, es de esperar que sin esfuerzo de parte de los arqueólogos, estos han de reconocer la primacía de esta localidad, para que las manifestaciones de arte semejantes á los que ella contiene, y sirviendo como tipo, tomen el nombre de «Arte Altamirensis».

¹ Efectivamente, la clasificación paleontológica en épocas caracterizadas por la fauna sólo puede ser comprensible para aquellos países, en los cuales el paleontólogo hace sus investigaciones; así por ejemplo la *época del Reno* cabe muy bien en el suelo de la Galia, que es por donde este animal pulula en determinado tiempo; más en el nuestro, principalmente en esta provincia de Santander, que es á la que vengo dedicando mis exploraciones, no aparece; dándose el caso que la manifestación tanto artística como industrial del hombre perteneciente á dicha edad del Reno en Francia guarde analogía con la nuestra. Algo así ocurrió con el Mammoth; este animal como el Reno muéstranle aquellos artistas gráficamente representado en localidades francesas, mientras que en las nuestras no aparece y esto evidencia que nuestros artistas no conocieron á estos animales ó no estuvieron en contacto con ellos, pues, si así fuera, nos los hubieran, como aquellos, dado á conocer.

CAVERNA DE COVALANAS

La caverna que lleva por nombre el que encabeza este escrito, encuéntrase situada en la linde divisoria que separa la provincia de Santander de la de Vizcaya, entre la Villa de Ramales y el pueblo de La Nestosa.

Várias son las bocas de grutas y cavernas, que sobre los escarpes de la montaña de roca caliza se divisan á la izquierda de la carretera, que por este sitio se dirige á Burgos.

En los primeros días de septiembre del 1903, acompañado de un amigo, ilustrado profesor de Historia Natural del Colegio de Limpias, tuve el gusto de hacer una expedición por aquellos sitios en los que la suerte nos favoreció con el hallazgo de una gruta y una caverna que contenían dibujos. A fin de hacer de estos un estudio detenido, prolongamos durante unos días nuestra permanencia en aquellos lugares recojiendo apuntes.

Encuéntrase enclavada Covalanas á la altura de 80 metros próximamente, sobre la base de un barranco que separa dos montañas. La subida tomada á repecho, se hace penosísima por la acentuada rapidéz de su declive, siendo preferible emprender el ascenso desde un punto más lejano, que permita ir ganando suavemente la altura.

La boca de esta caverna se abre en medio de uno de los escarpes, al que precede una ligera explanada cubierta de regulares peñascos rodados hasta allí. La entrada forma un atrio de proporcionadas dimensiones, A, (véase la planta), del cual parten dos galerías casi paralelas: la de la izquierda, B, alcanza un recorrido de 60 metros, desembocando en otra transversal de unos 40 metros. En ambas, y muy especialmente en esta última, se advierte en las paredes señales de trazos negros, recubiertos en su mayor parte por carbonatos de cal. En general la derivación de frecuentes filtraciones hace que estas galerías sean húmedas.

La segunda, D, que arranca á la derecha de la entrada, desarrolla una longitud de 81 metros y con una anchura y altura que varía de 3 á 6 metros, siendo en su último tercio donde mayor desarrollo alcanza á lo alto y menor á lo ancho. Por el contrario que la anterior, esta es completamente seca y sin señal alguna que denuncie hubiesen ocurrido desprendimientos.

A poco de penetrar por dicha galería, nótanse señales de cortos trazos en negro, que se multiplican, á medida que se avanza, hasta llegar á un punto, próximamente á la mitad del trayecto, donde la superficie de las paredes aparece materialmente tachonada de rasgos trazados en negro.

Siguiendo más adelante y cerca ya del final, nos sorprendió el hallazgo de dibujos en tintas rojas, que son los que reproduce la est. vi. Los del grupo núm. 3, hállanse en el muro de la derecha; los del 1 en el de la izquierda, enfrente de aquellos; los del 2 en el contramuro izquierdo y en el sitio en que el muro se repliega formando zig-zag. Algunos de estos aparecen á una altura del suelo de 2 á 2^m,50; y en general á la que puede alcanzar el hombre. Termina esta galería con un pequeño apéndice, donde se aprecian algunos intentos de estos dibujos.

Observando con atención como materialmente pudieran estar dibujadas estas figuras de animales, se nota que las líneas y puntos de que se componen hacen recortados; que en algunas de estas figuras, dibujadas en una misma superficie, unas se encuentran más decaídas de tono que otras, diferencias de tonalidad que á veces se advierten en una misma figura; es de creer que fueran trazadas con pincel. Dichas figuras parecen representar un buey, un caballo y corzas ó ciervas en su mayoría. Los dos pequeños perfiles que se notan delante del caballo, tal vez quisieran representar la acometividad del perro hácia aquel animal. La figura del buey y del caballo, que son las mayores, miden respectivamente 1^m,20 y 1^m,30.

El grupo señalado con el núm. 3, es muy interesante, porque marca una tendencia hácia la composición, procurando dar á esta expresión y carácter; parece representar animales huyendo de algun peligro que les amenaza.

Sin embargo, la ejecución no brota con la espontaneidad que aparece en otras cavernas pictóricas, observándose en esta cierta timidez ó inseguridad en el ejecutante, cuya mano, vacilante ante las dificultades de la técnica, debió llevar á cabo la obra por la eficacia de un poderoso esfuerzo de voluntad. Por otra parte, al trazo general precede siempre un tanteo por puntos, que suelen ser rectificadas cuando no logran encontrar la debida proporcionalidad en la figura, defecto que en general adolece.

Echase de menos en esta caverna la representación del bisonte, que es tan característico en otras de su género, en todas las cuales dicho animal entra como principal componente de su decorativa. Carece también de figuras grabadas en las paredes, así de dibujos ornamentales.

De todo lo dicho se deduce que la decorativa de esta caverna—sin disentir de la antigüedad que la corresponda—no pertenece al mismo grupo que las similares á la de Altamira, pongamos por tipo.

La ausencia total de grabados, la carencia de ornamentación, la no representación del bisonte y la desproporcionalidad y amaneramiento que en general se nota en el trazado de estas figuras, hace suponer que Covalanas se halla alejada de Altamira por el tiempo, marcando un gran decaimiento en esta arte, que tal vez pudiera ser señal de las postrimerías del *paleolítico* ó los primeros albores del *neolítico*.

En las escavaciones que hicimos, sí bien de muy escasa importancia, no descubrimos depósito arqueológico; tres ó cuatro pequeños núcleos de sílex mal tallados y sin forma determinada fué cuanto recojimos; pero, como tengo dicho, carecen de importancia estas escavaciones, pues se han reducido á simples calicátas. Yo espero ocasión oportuna para ampliar con más detenimiento estos trabajos, á fin de poder formar un juicio mas concluyente respecto á los dibujos contenidos en sus paredes.

A 20 metros debajo de la referida caverna, casi en línea vertical, existe una gran gruta denominada *Mirones*.

Su entrada es de aparatoso aspecto, se aproxima á 10 metros de altura por 8 de ancha y con estas dimensiones avanza unos 30, donde se forma una rampa escalonada que dá subida á la continuación de esta gruta que termina á los 40 metros de este punto. En toda ella sus paredes carecen del más pequeño vestigio de gráfica.

En la primera parte de esta gruta acusa el suelo señales de haber existido abundante depósito arqueológico, hoy casi desaparecido, pues en lo que abarca su extensión todo él aparece totalmente removido, con grandes amontonamientos de guijarros, que demuestran que este suelo ha sido utilizado para la extracción de abonos, siendo acriadas sus tierras.

Los huesos hendidos que aparecen, no son muy numerosos ni corresponden en la proporción que de los sílex se encuentran, haciéndome creer que los huesos fueron llevados también con las tierras.

Respecto á los sílex, que son abundantes y á simple vista se les ve esparcidos por el suelo, en su mayoría se componen de pequeños núcleos de talla grosera, sin forma determinada. Algunos molares de caballo, buey, cabra y fragmento de asta de ciervo se recojen también del referido suelo.

CAVERNA DE HORNOS DE LA PEÑA

En la opuesta vertiente de la montaña, que se eleva al sur del pueblecito de Mata, Ayuntamiento de San Felices de Buelna, se encuentra esta caverna. La visité por vez primera en octubre de 1903, descubriendo en ella restos de habitación humana localizados á la entrada, así como también una série de figuras grabadas, representando animales, á la conclusión de la misma.

Ocupa dicha caverna una altura de 50 metros sobre la base de la montaña de roca caliza, al pié de la cual se desliza un arroyuelo de abundantes y cristalinas aguas.

El acceso á la misma está precedido de una rápida y escalonada pendiente fácil de alcanzar. Su orificio de entrada, orientado al sur, es de amplias proporciones; mide 7 metros de ancho por 4 de altura. Penetrando por él, alcázase á ver sin auxilio de luz artificial una gran cavidad de 20 metros de longitud, 3 á 7 metros de latitud y 1^m,10 á 5 de altura; conteniendo las mayores dimensiones en el centro y menores al final. Descúbrese allá en el fondo y al nivel del suelo un reducido orificio de forma angular, que dá paso á un corredor; este sumamente bajo de techo y de forma abovedada, por el que se hace necesario caminar de rodillas durante un trayecto de 20 metros.

A la terminación de dicho corredor comienza una galería, C, formada por pequeñas salas sucesivas hasta el final D. El paso por esta galería no ofrece dificultades, y apenas se notan desniveles, sí se exceptúa una ramificación que comienza en C, formada por una pendiente de 25.º compuesta de gruesas capas estalagmíticas.

En general esta caverna, á escepción del primer tercio de su recorrido, es húmeda; lo prueban las frecuentes y caprichosas formaciones estalactíticas y estalagmíticas que encontramos á su paso. La altura en estos dos últimos tercios varía de 2 á 6 metros.

Los primeros grabados, que aparecen sobre la superficie de sus paredes, se encuentran en un recodo y á la derecha de la entrada de la ramificación C, á que antes hice referencia. Estos grabados forman un grupo muy confuso por la superposición que se nota de unos y otros, y aún por los encostramientos calizos que en parte les recubre; no siendo posible obtener de ellos un calco aproximado, hube de desistir de su reproducción. Por algunos rasgos de regulares dimensiones que señalan estos dibujos, pues pasan de un metro, creí ver representados bisontes. Próximo y á la izquierda de este sitio obtuve la reproducción de dos figuras, que se apreciaban con mayor claridad: tales son las señaladas con los núms. 7 y 9 (est. VII), una cabra el primero y rebecco ó ciervo el segundo.

El núm. 11 representa una colección de rasgos que corren á lo largo del muro y á pocos centímetros de su base, estendiéndose en un espacio de tres metros; esta forma

de rasgos la tengo observada en otras varias localidades, incluso Altamira; parecen obedecer á un simple capricho decorativo. La sala D, terminación de la caverna, es donde realmente aparece localizada esta manifestación de arte, como vamos á ver.

La figura núm. 1 hállase á la izquierda, en el fondo del techo; la 2, 3, 4 y 10 en el muro de la izquierda; la 5 en el de la derecha y á la entrada; la 8 en el techo de un pequeño apéndice, que penetra por el fondo de esta sala, y de tan reducidas dimensiones este, que para obtener la reproducción de dicho dibujo hube de hacerlo estirándome á la larga sobre el suelo; finalmente el núm. 6 á la entrada derecha del referido apéndice.

También esta sala cuenta con algunos pequeños trazados con tintaje negra, representando ciervecitas, ya muy desvanecidos por el sedimento que sobre ellos se ha formado al descomponerse la piedra. De igual manera se hace digno de señalar un gran número de rayas, que en forma de pequeños surcos producidos por los dedos de la mano aparecen en ese mismo techo; rayas semejantes a estas las contiene también Altamira en sus dos últimas galerías.

Existen también en grabados mayor cantidad de los que presento; pero, se hace imposible obtener su calco por la casi completa desaparición de los mismos, merced á los fuertes encostramientos calizos de que se hallan recubiertos.

Por estos grabados observamos en el artista que muestra la misma tendencia, la misma preocupación, la misma cultura que en Altamira. Por algunos pequeños detalles repetidos en determinadas imágenes pertenecientes á estas dos localidades, vemos también la relación que entre ambas existe con respecto á la técnica del dibujo, según comparativamente podemos observar por las figuras núms. 25 y 3 y 7 (ests. III y VII respectivamente) que aparecen representadas con tres orejas, descuido del artista que se deba tal vez al procedimiento empleado en dicha técnica.

Es también digno de tenerse muy en cuenta que, tanto Altamira como Hornos de la Peña, parecen querer demostrar que sus antiguos moradores alcanzaron la domesticidad de algunos de los animales que les rodeaban; pues, no otra cosa parece querer significar alguna de estas imágenes que del caballo nos presentan, en las cuales se vé su cabeza cercada de líneas semejando ataduras, que sirvieran como de enfrenamiento á dicho animal. (Véase est. III, fig. 15 y est. VII, figs. 2 y 3) ¹.

Hornos de la Peña, por la gráfica mural que contiene, realmente presenta tipo análogo á la de Altamira y de esta discrepa únicamente en no contener imágenes coloridas; tal vez sea debido esto á que sus paredes no se prestan á ello, tanto por las frecuentes formaciones estalagmíticas de que se halla recubierta su superficie, como por las pequeñas y múltiples oquedades que forma la piedra en muchos sitios, así también por cierto barrillo sedimentario que posa sobre ellas, lo cual hace ver claramente que muchos de los grabados han casi desaparecido.

¹ M.M. G. y A. MORTILLET en su obra *Le Préhistorique* (3.ª ed. Paris, 1900), formulan conclusiones generales al final de la misma, pag. 665; entre ellas interesa conocer por tratarse de este caso, la siguiente: « 7º, L'homme paléolithique essentiellement pêcheur et surtout chasseur, ne connaissait ni l'agriculture ni même la domestication des animaux. » Concepto que tal conclusión no constituye un hecho definitivo sino provisional, pues como muy bien dicen los mismos citados autores, á la terminación de las mismas, «... le préhistorique est une science encore jeune, qui est loin d'avoir dit son dernier mot. »

CAVERNA DEL CASTILLO

Esta interesantísima caverna hállase situada en las inmediaciones del pueblo de Puente-Viesgo, célebre por sus aguas medicinales, perteneciente á esta provincia ¹.

En la ladera E de una elevada colina, que se levanta próxima á la margen izquierda del rio Pas, de abundante caudal de aguas este, encontraremos el orificio de entrada que conduce al antro terrestre que damos á conocer; mas, para alcanzarle, se hace necesario antes trepar por pronunciada pendiente, á trechos escalonada, hasta colocarnos á unos 90 metros sobre el nivel de la base de la expresada colina.

Este orificio, de forma irregular y de escasas dimensiones, las precisas para poder penetrar por él una persona inclinando ligeramente el cuerpo, aparece al pié de un grande escarpe del terreno, al que precede un ligero descanso á manera de plataforma, que pudo á los antiguos moradores de esta localidad servir como de natural defensa para su resguardo.

Atravesando este orificio, dá comienzo una ligera rampa formada por tierra vegetal y pedruscos, procedente todo del exterior, que nos coloca en el centro de la primera cámara ó vestíbulo, A (véase la planta correspondiente, est. 1); esta cámara contiene una elevación de techo de 2 á 3 metros, del que penden algunos ampollones estalactíticos.

Dos pasos paralelos presenta el fondo de esta cámara: uno á la derecha, formado por pequeño tunel y otro á la izquierda por rasgada brecha sobre el muro, ambos conducen en descenso á una sala de grandes dimensiones. Esta sala, H, cuya extensión el lector puede apreciar por la planta que acompañamos, mide más de 10 metros de altura en algunos de sus sitios.

Continuación de dicha Gran Sala (pues así hemos de llamarla en lo sucesivo para distinguirla de otras) y en un mismo nivel de suelo, completamente seco este, es la sala D, toda ella abovedada y con una altura media de 4 metros; aparece por cima de su entrada un pronunciado saliente acornisado, que corriéndose á lo largo del muro lateral derecha ofrece aspecto de balconaje, al que para alcanzarle se hace necesario escalar por entre el hueco que deja libre un repliegue del muro en su parte posterior. Volviendo á la Gran Sala, haremos notar en el suelo y á la derecha de ella una

¹ Toma el nombre «Del Castillo» del sitio en que ella aparece enclavada, pues en la cúspide de la colina, á que he de referirme, hubo en lejanos tiempos de existir una pequeña torre ó castillo y más tarde un santuario (convertida hoy su fábrica en ruinas) en que bajo la advocación de «Nuestra Señora del Castillo» veneraban los naturales.

gran masa formada por enormes bloques calizos; estos bloques enfilados hácia el fondo, á medida que avanzan, aparecen sumergirse á más bajo nivel del suelo de la sala, lo que hace suponer que esta parte del suelo ha debido sufrir un grande dislocamiento y su fragmentación posar en otro de piso inferior, que será en el que actualmente lo hace.

A la izquierda y comienzo de la referida sala parte una galería, CC', muy húmeda y de frecuentes filtraciones, la cual, formando recodo, atraviesa por dos de los pasos paralelos de que hizimos mención, para desembocar en otra galería que parte de la derecha de la Gran Sala.

Esta última galería, E, forma dos ramificaciones, una por entre el hueco que deja libre los grandes peñascos y otra que sigue la línea del muro, afluyendo ambas á un descanso, F, donde aquel afronta, presentando en su base un dilatado arco, que dá paso á una cámara abovedada, que termina con dos apéndices, G y H; este recorrido se hace en descenso colocando su final á unos seis metros de nivel más bajo que la Gran Sala.

Retrocediendo hasta F, y siguiendo á lo largo del muro derecho penetraremos en un corredor de elevada altura, J, que nos conduce á una sala, K; tiene esta comunicación con la grande por entre una angosta brecha, I, que presenta el muro izquierdo, siendo necesario trepar por ella para poder alcanzar la referida sala.

Dos nuevos pasos, semejantes á los primeros que encontramos, aparecen en el fondo de esta sala, K; uno á la izquierda que divide el muro por rasgada brecha y otro á la derecha formando pequeño tunel; ambos paralelamente conducen á otra sala, L, que ofrece aspecto de rotonda, recubierta la superficie de sus paredes y techos de formaciones estalactíticas.

Siguiendo en nuestro recorrido, penetramos nuevamente por otro pequeño tunel que pone en comunicación esta sala con otra, LL, de nivel más bajo, á la que se desciende por una rampa de rápida inclinación compuesta de concreciones calizas formando caseada; se hace preciso, al hacer avance de nuestros pasos por ella, el oblicuarlos hácia la derecha a fin de no caer rodando.

A partir de esta sala nos será fácil durante largo trecho caminar con toda comodidad, pues que el suelo así lo permite, introdujendonos en una larga galería, M, toda ella á un mismo nivel á escepción del último trozo que en subidas y bajadas termina en la sala, N; esta, á la vez, precedida de un estrecho pasadizo, nos conduce á las O y P, en que finaliza esta caverna.

La mayor elevación de techo contenida en esta caverna se encuentra en la galería M; en algunos sitios de ella no es fácil apreciarla á simple vista, pues que los destellos de luz artificial apenas alcanzan á reflejarse en el techo. A este propósito voy á referir, aunque no sea más que de pasada, una frase tan graciosa como gráfico es su contenido; ocurriósela á un obrero de los que en estas exploraciones me acompañan, muy práctico en calcular distancias á ojo. Preguntábale, si él acertaría con relativa aproximidad á calcular la de que se trata; despues de dirigir atentamente la vista al espacio que le señalaba, me contestó: «Señor, esta no la alcanza un cohete». Claro es, el simil es exagerado en el fondo, pero dá una idea clara de la cosa que exponemos.

La parte final de esta caverna, que como llevo dicho corresponde á las tres últimas salas mencionadas, el proceso estalactítico y estalagnítico es muy activo en ellas, lo cual hace que presente un efecto vistoso y fantástico. Por lo que al aspecto estructural ó geológico atañe á este antro terrestre, diremos que guarda cierta analogía con

el de Altamira; en uno y otro mantienen una misma tendencia de ir profundizando á medida de su avance.

Respecto á las masas arcillosas, son muy poco frecuentes en la localidad de que tratamos; no así en la mencionada anteriormente, pues que en ella se presentan en grandes bancadas muy comunmente.

En cuanto á la estabilidad de sus paredes y techos, diremos también que no ofrecen el peligro de frecuentes desplomes, cual acontece en Altamira.

Por último, y término con la parte relativa á su conformación, la atmósfera que en su interior se respira, carece de completo enrarecimiento, sin duda debido, tanto á la elevada altura que en general alcanzan sus techos, como por la proximidad que algunos sitios mantienen con el exterior, pues que tengo observado al obtener el plano de ella, que esta sigue un paralelismo poco desviado de la corteza externa de la montaña. En cuanto á su total capacidad discrepa poco de la de Altamira: desde la entrada al final en línea más recta tiene 240 metros ó sea 30 menos que aquella.

Pasaré á describir su gráfica decorativa.

PINTURAS

De una gran paciencia se hace necesario revestirse el investigador de esta clase de localidades, cuando pone los medios para descubrir manifestaciones de arte debidas al hombre, que en las primeras edades hubo de tomar posesión de estas profundidades subterráneas para constituir en ellas su morada; pues la tarea de sobra penosa: paso á paso tiene que recorrer con la vista cuantas superficies le rodean y, si estas permanecen á su alcance, registrarlas con toda escrupulosidad, trepando unas veces por accidentados declives del terreno, descendiendo otras por las sinuosidades del mismo, sin contar con más auxilio que la téa lumínica que su diestra empuña y la confianza que pone en sus piés á fin de no rodar por algun abismo como fragmento estalagmítico. Esta paciencia, en verdad, no me ha faltado, y si en ocasiones, motivado por natural cansancio, he cesado en tal empresa, nuevamente he recobrado mayores briós llevando adelante la acometividad hácia ella. Con lo dicho, á manera también de descanso, entro á tratar de lleno la gráfica contenida en ella.

La gráfica colorida hállase distribuida por todo el interior de la caverna, á escepción de la parte que hace de vestibulo, encontrándose á veces muestras de ella sobre las caras de los peñascos que posan en el suelo.

Por el aspecto que presenta, hemos de clasificarla en dos séries, las cuales convencionalmente denominaremos, una: «Figuras de animales», por expresar con ella imágenes de séres animados; otra: «Figuras ornamentales», por manifestar objetos ó cosas inanimadas.

FIGURAS DE ANIMALES—Las figuras de esta clase que llevo hasta ahora descubiertas alcanzan su representación la imagen del bisonte, caballo, ciervo y toro, comprendidas, á escepción de dos que pasan del natural, en un tamaño de 0^m,10 á 1^m,20.

Señalaremos los sitios en que permanecen estas muestras de arte á la vez que vamos dando algunos detalles de ellas.

La núm. 10 (est. ix), un bisonte, aparece en un repliegue que forma el muro derecha de la galería E, y á una altura tal que para alcanzarla se hace necesario subirse sobre un saliente que marca el muro en este sitio, el cual nos coloca á metro y medio del suelo, accidente del que sin duda se aprovechó el autor para dibujar dicha figura, cual hube de hacerlo yo para obtener su calco.

En este mismo sitio, más hácia el interior del repliegue y junto á la figura expresada, aparece otra de su mismo tipo más ampliamente trazada, pero de tintaje tan perdido que, para concretar las líneas que la componen, se hace necesario un largo rato de detenida observación. Muchas veces me ha llamado la atención esta particularidad de contraste entre la intensidad de coloración que se observa de unas á otras figuras, que obran en un mismo plano de pared; no es aislado el hecho este que concreto, pues que se observa frecuentemente, dándose el caso que algunas figuras mantienen un tintaje vigoroso, otras en cambio, expuestas á su lado ó próximas á él, hállase tan decaída su coloración que para distinguirlas se precisa de una gran vista; esta notable diferencia entre ellas, sin duda debida á que en unas es menos densa la patina que las recubre que en otras, hace sospechar que no sean contemporáneas, mediando entre sí un largo espacio de tiempo; tal vez. No quiero con esto formular una opinión que sirva como de base para juzgar da antigüedad de esta gráfica; sí tal hiciésemos, incurriríamos en frecuentes equivocaciones, pues hay que tener muy en cuenta que su conservación depende en muchos casos de los sitios ó lugares en que permanece, de la más ó menos oblicuidad que mantiene el plano de pared en que se halla expuesta y de otros múltiples detalles largos de enumerar, los cuales sólo son perceptibles despues de una larga práctica de observación sobre el terreno; así pues, el caso á que me he referido es aquel, vuelvo á repetir, en que várias figuras obran en un mismo sitio y plano de pared.

Acerca de este particular preséntanse casos raros y curiosos, los cuales deben tenerse muy en cuenta para la mejor investigación de esta gráfica en las localidades de que se trata. Ocurre con frecuencia encontrar dibujos de un mismo tipo en diferentes cámaras, que, al examinarlos bajo el punto de vista que afecta á su conservación, diríase que eran más antiguos unos que otros: aquellos, porque se presentan revestidos de fuertes encostramientos calizos ó bien recubiertos parte de la figura que los constituye de gruesa formación estalagmítica, y estos, porque muestranse frescos y vigorosos; pues bien, juzgados en su aspecto artístico ó técnico, claramente denuncian todos ellos una misma procedencia ó escuela.

Aparecen también sobre grandes superficies estalagmíticas, de aspecto de reciente formación, figuras grabadas, las cuales, juzgadas por el sitio en que permanecen, diríase que eran de no muy lejana fecha; pero, sí tal creyésemos, incurriríamos en error. El siguiente caso, expuesto no ha mucho á la consideración de un eminente geólogo extranjero, en ocasión de acompañarle en su visita á Altamira, viene á evidenciarlo. Mostréle á dicho profesional una de esas grandes formaciones que presentan aspecto de cascada, la cual, por un corte en ella verificado, dejaba ver diferentes capas que se sucedían unas á otras con un espesor de dos a tres centímetros. Dicho geólogo, tras breve reflexión, hizome comprender que aquella concreción caliza, que le señalaba su proceso de formación, había obrado con gran actividad y por tanto podía considerársela relativamente moderna; llaméle la atención acerca del hecho de que en la superficie de la misma aparecía una muestra de arte, cual era una figura representando un ani-



mal de regular tamaño grabada á grande surco; el aludido profesional hubo de poner en duda la antigüedad que correspondía á esta figura, teniéndola por no contemporánea á aquellas otras que anteriormente le había mostrado en diferentes sitios; más esta duda hubo de desaparecerle tan pronto como le señalé nuevamente en el mismo sitio unas grandes garras del oso, que al trepar por él dejó impresas este animal, las cuales se percibían claramente.

Esto evidencía que tal formación estalagmítica había obrado muy lentamente, cuando aún permanecía tal detalle sobre la superficie, el cual, sí no de más remota fecha, por lo menos contemporánea á la figura aludida, y sabido es la época en que colocan los paleontólogos á este temible habitante de las cavernas; quien sabe, si las huellas impresas del aludido animal perteneciesen á aquel, cuyos restos recojió el sabio señor Vilanova en las excavaciones, que, á raíz del descubrimiento de esta localidad, verificó en la última galería!...

Sigamos adelante. Á dos metros de distancia de la figura del bisonte que dimos ultimamente á conocer, en línea de avance sobre el muro y próximo al nivel del suelo, hállanse dos de estos mismos animales, los cuales reproducimos en la est. x, con los núms. 1 y 2; no muy lejos de ellos, encima del arco que forma la entrada de la galería F, aparecen los señalados con los núms. 5 y 8 de esta misma estampa.

El original correspondiente al núm. 1 hállase en mal estado de conservación, siendo por tanto difícil el poder apreciar algunos de sus detalles; dentro de su contorno presenta algunos pronunciados abultamientos, debidos á la irregularidad de la pared, los cuales fueron expofesamente aprovechados para dar á la figura cierto relieve plástico, cuyo sistema, el mismo le hemos visto empleado en algunas de las imágenes de su mismo tipo contenidas en Altamira, que aparecen también en actitud de reposo; esta y aquellas son de idéntica procedencia é influidas por el mismo sentimiento y espresión de concepto, separándolas sólamente un pequeño detalle de carácter técnico cual es: que en parte alguna de su contorno presenta rasgos profundamente grabados, como acontece en aquellas (detalle este que por otra parte corrobora en la opinión que formé, al ocuparme del mismo, cuando describí dichas figuras). Las tintas empleadas fueron el negro para el perfilamiento y mancha, y el rojo ligeramente tocado.

Las tres ciervecitas señaladas con el núm. 5, est. ix, aparecen encerradas dentro del perímetro que abarca la referida figura, las cuales no es fácil precisar si fueron dibujadas antes ó después que aquella.

La núms. 2, 5 y 8 de la referida est. x y la 1, 2 y 3 de la viii, estas últimas pertenecientes al pasadizo izquierda que antecede á la sala L, obran dentro de un mismo estilo, aunque mejor dibujadas unas que otras. Todas ellas muestran sólamente un trazo perfilado, sin intento de mancha que indique deséos de su modelamiento, si bien en la 8 pudo haberse iniciado este deséó, como parece indicar un ligero plumeado que presenta la parte anterior de ella. Mi opinión, tímidamente expuesta, ante la presencia de tales imágenes, es que no pertenecen á la escuela de la núm. 1, si bien pueden caber dentro de una misma época.

Las mencionadas figuras guardan una estrecha analogía con la núm. 6, de la est. iv, la cual recordarán los lectores que hácia idéntica apreciación con respecto á otras contenidas en su misma localidad.

Internándonos en la galería F, vése distribuida en distintos sitios de ella numerosa

y variada gráfica de la cual nos ocuparemos más adelante, señalando ahora solamente una figura que representa un incompleto perfil de caballo, á la entrada y en el techo del apéndice H, tal es la que reproducimos en la est. x con el núm. 7. La figura 6 de dicha estampa y la 7 de la ix pertenecen, una, la primera, al pasadizo J y otra, la segunda, á la galería M. Tanto dichas tres figuras como las ciervecitas que mencionamos más atrás, pueden considerarse todas ellas como producto debido á un sólo artista; bastará para alcanzar el convencimiento analizar ligeramente el trazo que las constituye, viéndose lo comunes que son en ellas unos mismos rasgos y acentuaciones, y aún la manera de empezar el bosquejamiento de la figura siempre este por las orejas del animal representado.

Voy á terminar este capítulo dando á conocer un detalle que puede ser de apreciable utilidad, principalmente para el estudio de la antropología prehistórica; es el siguiente:

En casi todo el recorrido de esta caverna suele encontrarse estampadas en la pared siluetas de manos del hombre en la forma que señalamos en la est. ix, núm. 9. Estas siluetas están constituidas sirviendo de modelo las propias manos de los individuos que tomaron parte en este entretenimiento, los cuales, para obtener el resultado que se proponían, las aplicaban sobre la superficie de la pared á manera de plantilla, embadurnando luego con el color el exterior del perímetro comprendido por aquellas, con lo cual estas quedaban impresas en claro sobre dicha pared.

Sitios hay en que preséntanse reunidas un buen número de estas estampaciones, las cuales se pueden garantizar, por lo menos parte de ellas, que son contemporáneas á la más antigua de la gráfica que hemos presentando perteneciente á esta localidad; bastará aducir para ello el hecho de que algunas aparecen debajo de dibujos de otro diferente tipo, tales como bisontes.

Estas manos, las cuales cierto número de ellas comprenden parte del antebrazo, denuncian modelos de pequeñas y de regulares proporciones á la vez que cierta fineza de conformación.

Como las repetidas figuras constituyen lo que pudieramos llamar, permítaseme la frase por no hallar otra más apropiada, vaciados gráficos del natural, pudiera ser motivo este de estudio antropométrico de gran interés para él de la antropología prehistórica, el cual traslado á gentes que con predilección se consagran á la investigación de tan interesantes problemas.

En Altamira aparece solamente una muestra como las referidas, pero invertido el procedimiento de estampación, la mano natural fué aquí previamente humedecida de color y luego á manera de sello estampada sobre la pared.

FIGURAS ORNAMENTALES—De género distinto á la gráfica anteriormente descrita, pero que como ella toma parte en el concierto decorativo que embelleza este interior subterráneo, es de la que inmediatamente nos vamos á ocupar.

Dicha gráfica se compone de numerosas figuras de carácter puramente geométrico, las cuales en su composición toman parte el punto, la línea recta y la curva; de estos tres elementos los dos primeros fueron los más frecuentemente usados.

Séries de puntos—Comenzaremos dando á conocer las figuras constituidas por puntos, más antes diremos que, por el aspecto material que estos presentan, forman tres

categorías, á saber: 1.^a de pequeños, cual si estos hubieren sido producidos por la presión ejercida sobre la pared con la yema del dedo medio de la mano previamente humedecida de color; 2.^a de medianos; 3.^a de grandes, especie de discos de un tamaño de 5 á 8 centímetros de diámetro. Con los pequeños formáronse figuras de simples y múltiples hileras paralelas, cruces y curvas cerradas (est. ix, grupo 2); con los medianos, dibujos semejantes á tableros del juego de damas (est. x, núm. 27); con los grandes, simples ó dobles hileras de alargadas filas, también conjuntos caprichosos sin forma determinada (est. ix, grupo 8 y est. x, núms. 28 y 29). Estas últimas figuras aparecen en la galería M á lo largo del muro derecha, en el mismo sitio y decorando una gran columna la en forma de alargada U. Las del grupo 2 en el camarín G y la 27 en un escondrijo de la sala K.

Tales muestras que dejamos señaladas, juzgadas por el aspecto general que presentan y por el mismo fondo que las acompaña, creémos que no tienen otra mayor significación que la de una exposición de temas caprichosos de pura y simple decorativa.

Mr. Piette ha dado á conocer figuras semejantes á algunas de estas mencionadas, contenidas en pedruscos recogidos por él en las exploraciones de la gruta de Mas d'Azil. Este autor supone que dichos puntos obedecen á un sistema de numeración ¹. Otros pedruscos, procedentes estos de las exploraciones de los Dólmenes de Traz-os-Montes (Portugal), contienen estos mismos ó semejantes motivos decorativos, pero en este último caso dichos puntos aparecen sobre la piedra esculpidos en hueco ².

Figuras combinadas por rectas—Son las más interesantes en su género las señaladas en la est. ix con los núms. 2 (grupo), 4, última del grupo 11, y en la est. x los núms. 9 y 10; que pertenecen al techo del camarín G, el grupo 2, al apéndice H, la 4, al escondrijo de la sala K, la 9, y á la galería F, la 10 y 11; (no mencionamos el grupo del mismo estilo núm. 12, est. ix, por haberlo hecho al describir Altamira, localidad á que como dijimos, pertenece).

Tales figuras indicadas, obsérvase que todas fundaméntanse en un mismo principio constructivo, basado este en un rectángulo en cuyo espacio interior y medio intercálase dos rectas paralelas perpendiculares á los lados laterales del mismo, tal es en semejanza lo que constituye la caja ó esbozo de ellas. Estos esbozos fueron ampliándose, hasta constituir figuras de más relieve y vistoso efecto, agregando nuevas rectas paralelas, dos á dos, á las ya construídas, terminando por unir las ó ligarlas con pequeños trazos que con carácter escaleriforme van formando el festoneado de la figura.

Digno de atención por todos conceptos es el precitado grupo núm. 2 de la est. ix, cuyo original aparece en la misma forma tal cual le reproducimos, reducido á una escala de 1 : 16.

El expresado grupo marca en todo su conjunto una tendencia de composición general, puramente de carácter ornamental y geométrico. Su autor aporta á ella cuantos elementos en este género dispone y le son conocidos, mostrándose á la vez revestido de excepcionales dotes de artista por cuanto que para llevar á cabo su obra eligió previamente un fondo apropiado á fin de darla el valor y realce que él deseaba, cual

¹ M. E. PIETTE, *Études d'éthnographie préhistorique. L'Anthropologie*, t. VII, 1896.

² *Portvgalia*, t. I, fasc. IV, est. XXX y sig. y fots. 11, 12 y 13.

acontece con el pequeño camarín que la contiene, el cual por sus condiciones hace de marco de ajustado encaje á la misma.

Ahora bien estas imágenes, que en su aspecto técnico hemos dado á conocer, ¿alcanzaran ellas, considerándolas aisladamente, una gráfica traducción de cosas ú objetos pertenecientes á la vida real y de inmediata aplicación á los usos de la vida? Creémos que sí, que tales figuras, atendiendo á lo mecánico de su trazamiento, tan simétrico y acompasado, fueron sugeridas á la mente del artista por objetos de esta procedencia.

Más estos objetos ó útiles, colocandonos en la materialidad del caso, ¿cuales pudieran ser y cual el uso á que se les destinaba?... A ello tenderemos nuestra investigación y á fin de fundamentarla en hipótesis más ó menos racional, recurriremos en demanda de datos á aquellos arsenales donde creémos encontrarlos, aunque para ello nos valgamos de algunos rodeos.

Sí con alguna detención estudiamos ciertos y determinados lugares pertenecientes á la parte más abrupta y accidentada de esta región montañosa, donde las costumbres apenas han sufrido grandes modificaciones de aquellas otras que en lejanos tiempos hubieron de reinar en los mismos, por oponerse á ello la propia naturaleza del país. Sí estudiamos, vuelvo á repetir, los usos y costumbres de sus naturales, saturandonos de su misma atmósfera, encontraríamos tal vez en ellos aquellas luces necesarias para que con alguna claridad pudiésemos ver en las tinieblas, que para nosotros representan aquellos pueblos que tratamos conocer.

Estos lugares á que hago mención y que describiré ligeramente son los comprendidos entre los ríos «Nansa» y «Deva», pertenecientes al suroeste de la provincia, los cuales sostiénese en ellos el germen de la raza aborigen del país, tal vez, precisamente, por el aislamiento en que hasta aquí han vivido con los demás pueblos. Esta raza, de tipo rubio y cráneo braquicéfalo, son sus individuos enjutos de carne pero de recia y fibrosa musculatura, de inteligencia viva y sutil, retraidos y recelosos, morigerados en sus costumbres y de portentosa fecundidad.

Sus poblados hállanse cercados de eslabonadas cadenas de montañas, de tortuosa y accidentada pendiente, las cuales dejan entrever entre sus retorcidas gargantas estrechos desfiladeros que establecen penosa comunicación entre unos y otros puntos.

Sus viviendas de sencillo aspecto álzanse escalonadas, ora sobre el ribazo de estas montañas próximo al río, ora en los altos picachos donde la nieve cierne gran parte del año y el buitre y el águila real se enseñorean meciéndose en la atmósfera.

Sus campos de cultivo, de diminutas proporciones, formados á fuerza de penoso trabajo, aparecen bien entre las hoyadas de estas accidentaciones, bien próximos á la margen de los ríos; más estos cultivos son insuficientes y sus productos, maíz en su mayor parte, apenas alcanzan á cubrir las necesidades de los naturales en los primeros meses que siguen al de recogida la cosecha.

Esbozada ligeramente la manera de constituirse este pueblo, el cual podría suministrar abundantísimo é interesante material al estudio de la etnografía, recogeremos de él aquellos detalles que más nos interesa conocer para el fin que perseguimos.

Úsase con el nombre de «basnas» en este país unos artefactos de madera, especie de trineos, los cuales son empleados para el transporte de cosas. Dos tipos suelen presentar estas «basnas»: uno, el de mayor superficie, que se destina á la conducción de

yerba á los invernales ó cabañas y la leña á los hogares, adopta la forma de triángulo escaleno, construido por dos largueros ó *brazales* de extremidades curvadas en sus lados, vários palos transversales á modo de barras ó trenchas, que sujetan aquellos, y un varal que partiendo de la base se une al vertice opuesto, y como accesorios pequeñas pinas, *estadojos*, embutidas á lo largo de los largueros con objeto de preservar el que la yerba al ser conducida en ellos, no rastrée por el suelo; otro, de proporciones más reducidas, destinado entre otras cosas á la conducción de estiércol á los campos de cultivo así también á retornar las tierras á las cabeceras de los mismos que por frecuentes lluvias fueron corridas; operación sin la cual desaparecerían estos cultivos á pesar de atrencamiento amurallado que de corto en corto trecho les sostienen; adopta la forma rectangular compuestos de dos largueros á sus costados también curvados en sus extremidades, y cuatro trenchas transversales dos de ellas, que hacen de cabeceras y dos en el centro, sobre estas últimas descansa el tosco cesto de ramaje que conduce las materias indicadas.

Un útil, también muy típico del país y que llena una gran necesidad, es la «balsa», pequeña embarcación destinada unas veces á atravesar el río por aquellos parajes en que el remanso de la corriente lo permite y otras para la pesca. Su construcción es sencilla y de fácil trabajo; casi siempre fabricada en el momento y sitio en que se ha de hacer uso de ella; para lo cual bastará al indígena hacer empleo del hacha de corto mango que consigo pendiente de la cintura lleva, con la cual derribando vários troncos de árboles jóvenes coloca dos de estos á lo largo y otros más cortos á lo ancho atándoles con largas tiras de la piel de álamo negro; así constituida la armazón de esta improvisada nave queda terminada por un entrelazado de ramaje.

Pues bien, esta clase de útiles á que nos referimos y de tan primitivo origen, los cuales cubren las necesidades estos lugares, pueden muy bien análogos á ellos ser los que inspiraron al artista del «Castillo» para las figuras estampadas en sus paredes y objeto por nuestra parte de interpretación. Teniendo en cuenta que esta localidad se halla situada en terreno accidentado y que un río caudaloso hace su recorrido próximo á ella, es de suponer que en épocas lejanas hubo de hacerse empleo de estos aparatos, principalmente los destinados á la navegación por el expresado río y pesca en el mismo, pues como veremos más adelante los moradores de esta localidad, además de haberse dedicado á la caza, consagraron sus aficiones á la pesca.

Sigamos adelante. En esta clase de figuras combinadas por rectas no hemos visto otras que las dadas á conocer y un pequeño detalle en forma de rombos que, perteneciente á la galería M la misma estampa con el núm. 6, reproduce.

FIGURAS CONSTRUIDAS POR CURVAS—Poco podemos extendernos en la descripción de estas figuras, dado á la escasa representación que tienen entre las demás de su clase. La línea curva que entra á formarlas lo hace, bien abierta ó cerrada, en el grado de su mayor simplicidad, en ningun caso presentando enlaces combinados con algun arte.

Señalaremos por ser las más comunes las núms. 14, 15, 16 y 17 (est. x), las cuales aparecen aisladas en diferentes cámaras; alguna de estas figuras se presentan pareadas, tal como las dos que señala el grupo 11 de la est. ix; todas ellas están comprendidas entre 0^m,10 á 0^m,15.

Aunque dichas figuras se calcan en un mismo tipo de forma hay sin embargo

entre unas y otras ciertos detalles que las separan, lo que hace suponer diferencias de concepción; así, por ejemplo, la núm. 14 posa sobre ella un rasgo en forma de acento; la 15 que quiebra la línea en la parte inferior de la misma; la 16 que contiene un amuescamiento en su base y la 17 dos rasgos paralelos transversales.

Difícil nos parece cualquier interpretación que á estas figuras quisiéramos dar, á no ser que empleemos el socorrido tema denominándolas *marcas ó señales particulares ó de pertenencia*, segun para casos análogos es frecuente ver usado por algunos autores á fin de salir del paso.

Muy interesante es el grupo compuesto de cinco figuras de un mismo tipo que la est. ix, núm. 1, reproduce. Encuéntrase este en un recodo de la sala K.

Dichas figuras, de un tamaño comprendido entre 0^m,30 á 0^m,50, compuestas por curvas y rectas acordadas, parecen representar escudos de defensa; tal es la impresión que me produjeron cuando las descubrí y que aún persiste en mí cuantas veces despues me he aproximado á contemplarlas en el sitio en que aparecen expuestas. Opinión esta que se afianza más al observar intercalada entre ellas otra figura distinta á modo de flecha, como sí todo ello indicase que su autor, al decorar el trozo de pared en que posan, nos hubiera gráficamente dado á conocer sus armas defensivas y ofensivas.

GRABADOS

Numerosas son las trazas que de esta manifestación aparecen en todo el recorrido sobre la superficie de la piedra y producidas por un cuerpo duro que penetra en la misma, que es lo que hemos dado en llamar «grabados», para diferenciarla de otra manifestación de arte por distinto procedimiento material ejecutada; de estos, unos, se alcanza á ver la forma que los constituye tras ligero exámen ú observación y otros sí no imposible difícil de poderla concretar, dado al denso patinaje ó encostramientos calizos que los recubre. Estos grabados, que he llegado á alcanzar á ver una colección muy numerosa, he observado en unos que delatan una mano amaestrada en su dibujo y en otros inexperiencia en la ejecución y que por su falta de expresión resultan inocentemente bosquejados; todos ellos, en conjunto, nos hace suponer algo que pudiéramos llamar *escuela de aprendizaje*.

Pocas son las muestras reproducidas que de estos grabados presento al exámen y consideración de los lectores, debido á haberme entretenido en reproducir otras de más interés por la novedad que encierran, pues que estas de que ahora tratamos se hacen comunes por haberlas dado á conocer profusamente en localidades que ya hemos presentado. Tales muestras están contenidas en la est. VIII, núms. 4 al 10 inclusive.

Los núms. 4, 5 y 9, aparecen en el techo de la galería CC' que, como he dicho, atraviesa bajo nivel de los dos pasos paralelos que ponen en comunicación el vestíbulo con la Gran Sala. Nuevamente llamo la atención, como lo hice al hablar de Altamira, acerca de la repetición ó sobrepuesto de figuras que en estas dos primeras se observa, siendo frecuente ver este detalle repetido en otras várias, lo que me hace creer cada vez más que no sea puramente casual esta repetición por parte del artista que las ejecutara, sinó que lo que este tratara con ello no fuera otra cosa que formar agrupaciones, luchando como es consiguiente con un esfuerzo de imaginación á fin de salvar la perspectiva.

Las 7 y 8 proceden de la galería F, muro izquierda; la 6 del techo del apéndice G, pequeño camarín que, como más tarde hemos de ver, constituye un sitio, por lo que él encierra, de los más interesantes de la caverna; la 10 del estrecho pasadizo I que, recordaremos, pone en comunicación la Gran Sala B con la K; de estas últimas figuras nos interesa conocer la 10, pues que por ella juzgaremos cuan estrecha es la relación que esta localidad sostiene con la de Altamira; efectivamente, si dicha figura la comparamos con otras de su tipo contenidas en las paredes de aquella localidad, tales la 18, 27 y 32 (est. III) y las que aparecen en la superficie de los huesos procedentes del yacimiento arqueológico tales 1, 4 y 6 (est. V) observaremos, á ligero exámen de todas ellas, que mantienen una misma técnica, pues que son comunes en ellas unos mismos rasgos y acentuaciones, no siendo por tanto de estrañar que á un mismo artista ó por lo menos á una misma *escuela de aprendizaje* se deban particularmente estas muestras de que ahora tratamos, con lo cual prueba, como anteriormente he dicho, que ambas localidades han tenido una época de relaciones directas; por otros nuevos detalles que hemos de ir presentando ha de verse más claramente afirmada esta idea.

En cuanto á la representación que estas figuras encierran, suelen en general ser: ciervos, caballos, toritos, cabras y bisontes, y alguna que otra indeterminada.

FIGURAS VARIAS

Con la presentación de una serie de figuras, que diseminadas aquí y allá aparecen, pondremos término á la descripción de cuanta gráfica hemos alcanzado á ver en esta localidad.

Aparece en la sala K y en un recodo de su muro izquierda una figura á modo de plasmon de forma rectangular, conteniendo varios claros rectangulares también en su interior, tal es la núm. 3 de la est. IX. Por un exámen detenido ante esta imágen hace creer en la posibilidad de que su autor con ella se propuso dibujar otra semejante á aquellas que nos son ya conocidas, tales como la núm. 4 de la misma estampa, pero que éste por capricho de momento convirtió en borron el festoneado que á dichas figuras suele acompañar, transformando la presente en el sentido que ahora la vemos.

A modo de fajas de ancho diámetro y corto alargue suelen verse repetidas figuras, de cuyo tipo las contiene también Altamira en su primera galería, tales son las comprendidas en el grupo 11 de la est. IX, y las núms. 11, 12 y 13 de la est. X. El original correspondiente á la primera de estas últimas, aparece el seccionamiento, que en la misma se aprecia, producido por raspadura en seco.

La primera del grupo 11, que consta de dos de dichas fajas en sentido horizontal, amuescada en el centro una de ellas, y una línea quebrada y dentada en la parte superior, creémos, atendiendo á su conjunto, que encierra toda ella una idea gráficamente expuesta por el autor, la cual nos es difícil interpretar.

Pasaremos por alto una serie de pequeños trazos profusamente distribuidos por todas partes, dando fin á esta gráfica con la presentación de unas pequeñas figuras muy interesantes por darse el caso de que de su mismo tipo aparecen en localidades muy lejanas á estas, tales son las señaladas con las núms. 24 y 25 de la est. X.

Estas figuras á que aludo proceden de *Fuencaliente* y la *Batanera*, en las cum-

bres de Sierra Morena, las cuales dá á conocer la obra titulada *Antigüedades prehistóricas de Andalucía* ¹.

El encontrarse un mismo tipo de figuras en localidades tan apartadas unas de otras, nos mueve á pensar si su procedencia fuere debida á pueblos nómadas, de origen pastor, los cuales seguidos de sus rebaños establecieron incursiones entre el uno y otro confin de la península Ibérica; pueblos estos, tal vez los últimos que hicieran uso de albergues naturales, y á quienes pudiera atribuirse una parte de la gráfica ornamental que decora estas paredes; pues aquella que representa animales, y entre ellos el bisonte, la considero como de origen más primitivo.

En el *Castillo* es un hecho, como más tarde veremos, que cobijó á civilizaciones diferentes, pertenecientes á épocas remotas, alejadas por completo de las historiadas, civilizaciones estas que algun día llegarán á distinguirse perfectamente dado al avance de estos estudios, hoy en embrión.

ESTRATIGRAFÍA

Voy á dar á conocer muy someramente el trabajo explorativo que del yacimiento de esta caverna llevo hecho, y digo muy someramente porque en puridad no pasa de sus comienzos. Tales trabajos de suyo delicados son costosos para lo cual se precisa para llevarlos á cabo además de un buen deséo contar con recursos financieros que no me es dable el poseer, más confío que estas dificultades de orden económico, fácil de orillar, sabrán hacerlo mis compatriotas por algo que afecta al pudor nacional y afin de que cese de repetirse el frecuente caso hasta aquí de que estudiosos extranjeros amantes de la ciencia tengan que intervenir en nuestro propio suelo con sus exploraciones que nosotros por incuria y abandono dejamos de hacer, siendo lo sensible que esto motive el que objetos arqueológicos de inestimable valor y de nuestra propia pertenencia pasen á nutrir las vitrinas de museos extranjeros, cual sí su adquisición hubiere sido efectuada en países exóticos y bárbaros.

Como decíamos al describir la estructura de esta caverna, la parte que hace de vestíbulo de la misma presenta el suelo cubierto gran parte de él por un amontonamiento de tierra vegetal y pedruscos, procedente todo del exterior. Como tengo observado en varias localidades, el depósito arqueológico generalmente se encuentra localizado en la primera parte de ellas; así, pues, me decidí hacer la exploración en esta cámara y en el sitio donde termina la rampa formada por la expresada tierra vegetal á fin de salvar el destierre de ella. Mis escavaciones, pues, son las comprendidas en una superficie de dos metros de largo por uno de ancho; veamos sus resultados (el dibujo del corte seccional que acompañamos puede dar idea clara del mismo):

¹ GÓNGORA y MARTINEZ, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, edic. Madrid, 1868, páginas 65, 66, 67 y 68. Es curioso el dato que el Sr. Góngora aporta para el conocimiento de dichas localidades, pues que le debe al hallazgo de un documento inédito que data nada menos que del año 1783, el cual su autor, el señor López de Cárdenas, dedicaba al conde de Floridablanca, ministro de Carlos III. En dicho documento —según Góngora— aparecían dibujados los nueve pequeños cuadros de figuras que él reproduce en su obra y que el referido Cárdenas copió de los originales que aparecían en sus descubiertas, suponiendo tales inscripciones como de procedencia Fenicia, Egipcia y Cartaginesa.

- A. Pedruscos cuya base está formada por una capa estalagmítica;
- B. Capa de tierra vegetal y sedimentos calizos;
- C. *Primer nivel arqueológico;*
- D. Ligera capa sedimentaria;
- E. *Segundo nivel arqueológico;*
- F. Arcillas;

G. *Tercer nivel arqueológico*, el cual no he podido aún precisar su total espesor dado á lo difícil que se hace el retirar los escombros al exterior, hasta tanto que los trabajos se efectuen disponiendo de mejores medios.

La capa vegetal B, contiene algunos pequeños fragmentos de cráneo humano y de cerámica grosera.

El primer nivel ó depósito arqueológico, C, se presenta rico en hallazgos y estando caracterizado por la presencia de arpones y puntas de flecha. Los arpones, de hueso de hasta de ciervo, son de fina y esmerada labor, diferéncianse de los procedentes de localidades francesas en un anillo contenido en su agarre, lo que prueba que su destino fué el dedicado á la pesca, empleándose á modo de anzuelo prendido con cuerdas. Tres son los que he recogido; dos de ellos, con pequeñas líneas grabadas á su alrededor, constan de tres barbeludes ó enganches y el referido anillo y el otro más estrecho y alargado de diez de estos apéndices. Las puntas de flecha, silix, triangulares y sumamente pequeñas contienen dos amuescamientos en la base que dejan libre un ligero apéndice de agarre; dos son los ejemplares que poseo de éstas.

He de mencionar procedente también de este nivel los siguientes objetos: pequeños punzones de hueso destinados á puntas de flecha; largas y redondeadas baquetas istriadas, para los de venablo; ligeros buriles, cuchillos y raspadores de silix, de mediana talla y gusto; reducidos fragmentos de cerámica y algun pedazo de ocre rojo. Entre los restos de comida se hace notar la presencia de vértebras de pescados de tamaño de las del salmon (lo que evidencia el uso á que atribuyo los referidos arpones) y huesos pertenecientes principalmente á ciervos, cabras y pequeñas especies, abundando los de aves y escaseando los de caballo.

He de dejar consignado como dato curioso, el de que apenas descubierto el referido nivel y comenzado en él los escarbes noté la presencia de unos cantos de regular tamaño colocados en semicírculo cerrando con el muro de la pared; por el acumulación de materias carbonosas contenidas en el círculo comprendido por estos cantos me hizo suponer que con ellos se había tratado de formar un hogar; fuera de este sitio el nivel presenta las tierras de un tono gris y muy apisonadas.

El segundo nivel, E, de aspecto semejante al anterior y confundido con él en algunos puntos hasta formar uno solo, se distingue por ser más abundante en silix y de mejor talla, apareciendo el mayor núcleo en la base.

No hubiera intentado proseguir más allá la exploración de la dedicada sólomente á los escarbes de ambos niveles descubiertos si la circunstancia, debida esta al exámen

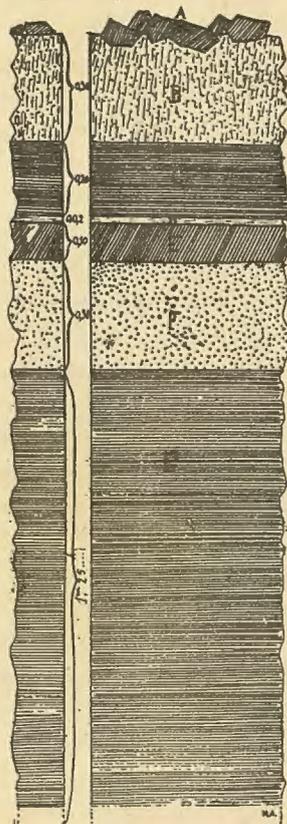


Fig. 3—Estratigrafía de la Caverna del Castillo

que comparativamente hube de establecer entre los útiles recogidos en ellos y los procedentes de Altamira, no me hubiera evidenciado que la formación de los respectivos depósitos que les contenían procedían de distintas civilizaciones.

Tal creencia, que no puse en duda ante la vista de los referidos objetos, me determinó á proseguir las excavaciones sobre las ya hechas, hasta dar con un pretendido depósito, cuyos restos guardasen analogía semejante á los de aquella localidad como la guardaba gran parte de la gráfica rupestre contenida en ambas ¹. Así, pues, partiendo del asiento del segundo nivel comencé de nuevo la excavación al través de una capa de masas arcillosas, F, hasta profundizar 0^m,30, dando por resultado la presencia en este punto de la descubierta correspondiente á un tercer depósito arqueológico, que señalamos con la letra G. Ante la duda de que este último nivel pudiera ser de ligero espesor y que siguiéranle otros más, proseguí en su ahondamiento, no siendo poca mi sorpresa al ver que á medida que profundizaba más, no daba señales este de su próximo término, por lo cual me fué necesario el tener que suspender el trabajo, tanto por la imposibilidad de la extracción de tierras como por peligro á sus corrimientos; estos quedaron suspendidos á 2^m,20 de la superficie del suelo y 1^m,20 del espesor de dicho último nivel. Expondré algunas consideraciones sobre observaciones recogidas ligeramente acerca del mismo.

Es de apreciar ante su seccionamiento, comenzando de la superficie á la base, una serie de camadas cuyo espesor de 0^m,03 á 0^m,08 próximamente se suceden hasta los 0^m,60 que se interrumpen estas por la interposición de un ligero estrato formado por arcillas verdes de un espesor de 0^m,02, las cuales parecen indicar el paso de un abandono temporal del hombre en esta localidad. Nuevamente prosigue su marcha esta formación hasta llegar á 1 metro en que vuelve á paralizarse, pero en este caso debido á una ligera brecha huesosa extendida en todos sentidos, indicadora ésta de festines de fieras, las cuales debieron posesionarse de la caverna por abandono de aquel. Sigue, salvando este detalle, el referido depósito hasta alcanzar una profundidad que no podemos precisarla, pues, como indicamos, fueron suspendidos los trabajos á 1^m,29 de su espesor.

Este depósito está constituido por gran cúmulo de materias negras y muy ligeras, hasta el punto que fácilmente quedan desprendidas á ligero impulso en el empleo del escarador; estas materias se componen en su mayoría de cenizas y residuos carbonosos. Preséntanse en él los huesos de gran espesor y abundantes, aunque no de largo fracturamiento; se hacen frecuentes los molares del caballo, las mandíbulas de rumiantes y los apéndices de asta de ciervo, careciendo de restos de cerámica.

El proceso seguido en la formación de este depósito, podemos decir con seguridad de acertar, que es el mismo contenido en la entrada del vestíbulo de Altamira, pues que uno y otro presentan un mismo aspecto; impresión esta que no tarda el ratificar ante la presencia de los primeros útiles trabajados recogidos en él. Efectivamente fueron estos dos baquetas cuadrangulares del mismo tipo que las provenientes de

¹ Efectivamente, los restos de industria procedentes de *Altamira* y los de los referidos niveles del *Castillo*, difieren en que en aquella localidad carece de arpones, puntas de flecha triangulares con doble amuescamiento y restos de cerámica. Los mismos de comida diferéncianse también, siendo los huesos más espesos y abundantes en *Altamira*.

aquella localidad. Son estas cuadrangulares y alargadas, biseladas en su extremidad inferior por la cara posterior y desgastadas por ambas en la superior; las cuatro caras presentan rayas grabadas, profundas y alargadas en las laterales, onduladas en la superior, finas y diagonales á todo lo largo de la inferior. Otros más útiles recogidos en la breve exploración de este nivel aseveran lo ya dicho.

Terminaré estos apuntes dando á conocer un detalle más, de importancia también para el estudio de esta localidad; es el siguiente:

En el espacio comprendido entre las salas B y D, encuéntrase un sitio de buen resguardo y completamente seco en el que, apenas removida la superficie del suelo, salen á ella un sin número de fragmentos de vasijas de barro. Estos fragmentos de cerámica, aunque todos están caracterizados de un aspecto grosero, sin embargo distínguese entre ellos por el mayor gusto y esmero en la fabricación, unos que otros; los menos presentan sus caras exteriores de tosco modelado, donde las huellas de los dedos produciendo surco indican que el vaso de que proceden el alfarero no empleó otras herramientas para su confección que las propias manos directamente; los más se nota ya en ellos cierto pulimento, cabiendo duda si fueren producto de obra de torneado; entre estos aparecen algunos en que el arte toma parte en su confección, tal sucede por un festoneado de líneas en relieve y ligeramente onduladas y simétricas que corren alrededor y por bajo de sus bordes, complementando este decorado una serie de pizcados puntos. Como son numerosos estos cáscos y pertenecientes á varios cacharros, no me ha sido fácil el recomponer un tipo de ellos, por más que lo he intentado; llevado de la paciencia, sin embargo, mentalmente lo he hecho al alcanzar parte de su forma: unos la presentan semiesférica y de ancha boca, otros, más dilatados y de plano asiento, y otros á manera de pequeñas tinajas. Es de observar también en la mayor parte de ellos que su cara interna se presenta negra como si esta particularidad se debiese á su cochura, acaecida esta en el interior del cacharro.

En el yacimiento constituido por tales fragmentaciones es de observarse indicios de fuego indicándolo ligeras camadas de residuos carbonosos extendidos por él apenas se profundiza; lo que me hace pensar si este sitio fuere el destinado á taller de la referida industria, no comprendiendo de otra manera á que sea debida semejante aglomeración de estos referidos restos de cerámica.

No entraré en disquisiciones acerca del particular que pueda caber sobre la procedencia de esta precitada industria, si ella se debe á una ó á más civilizaciones, aunque bien creo que proviene á partir del nivel primero, del que proceden los arpones, no siendo factible que se remonte á la época á que corresponde el tercero, pues como dejamos indicado, ni en este ni en el de *Altamira*, aparece el menor indicio de ella.

Tal industria, aunque su producto es de grosero aspecto, presenta variedad en la confección y forma, ella por sí prueba un avance de superior progreso en la vida y costumbres del individuo, alejada ya de aquella otra que marcan los niveles arqueológicos anteriormente descritos. En el caso que debatimos, véanse desaparecidos los hábitos originarios del pueblo esencialmente cazador y pescador, trocándose de lleno por los tranquilos y pacíficos del pastor, que atento al cuidado de sus rebaños, vive exclusivamente del producto de ellos. En este cambio de vida necesariamente hubo ya de transformarse sus costumbres y con ellos su industria, tomando ancho campo y rápido desarrollo la de cerámica, principal y la más necesaria para atender á las necesidades

de él. Las leches extraídas de sus animales contaban ya medios de depositarse, de igual manera que para su calentamiento y transporte.

Pueblo constituido en tal forma fué á quien aludí al establecer comparación entre las figuras 24 y 25 de la est. x, con las de su tipo procedentes de localidades andaluzas; dándose el caso en la citada región de que en varias de sus localidades descubiertas, entre ellas la *cueva de los Murciélagos*, explorada y descrita por Góngora, hanse encontrado restos de cerámica de igual clase dibujo é impresiones unguiculares contenidas ¹. Más, como á la vez, con estos han sido recogidos otros que caracterizan por completo su época de pertenencia, tales como instrumentos de piedra pulimentada, no cabe dudar cual sea ésta, la misma que trasladamos á la del *Castillo*, por lo que se refiere al piso arqueológico contenido en las salas B y D, del que nos ocupamos.

A este periodo del *neolítico* es al que atribuyo parte de la gráfica ornamental que ostentan las paredes, muy principalmente determinadas pequeñas figuras á manera de signos, siendo también el último.

Tres series al parecer son las que determinan la gráfica mural contenida en esta localidad, á saber:

Primera—La que se concreta principalmente á la representación de animales—pinturas y grabados—siendo lo más característico de ella la presencia de la imagen del bisonte.

Segunda—La que determina mayor desarrollo en la gráfica de carácter ornamental y decadencia en la de animales.

Tercera—Gráfica ornamental de carácter simbólico y desaparición de la de animales—comienzo de un arte bárbaro.

Relacionada toda ella con los pisos ó niveles arqueológicos contenidos en esta localidad, podríamos suponer su procedencia:

la *primera* como perteneciente al *tercer* nivel G (desarrollo en instrumentos de hueso y arte);

la *segunda* correspondiente al *segundo* y *primero*, E y C, (aparición de arpones, cerámica y puntas triangulares);

la *tercera* procedente del piso *superior*, salas B y D (gran desarrollo de la cerámica).

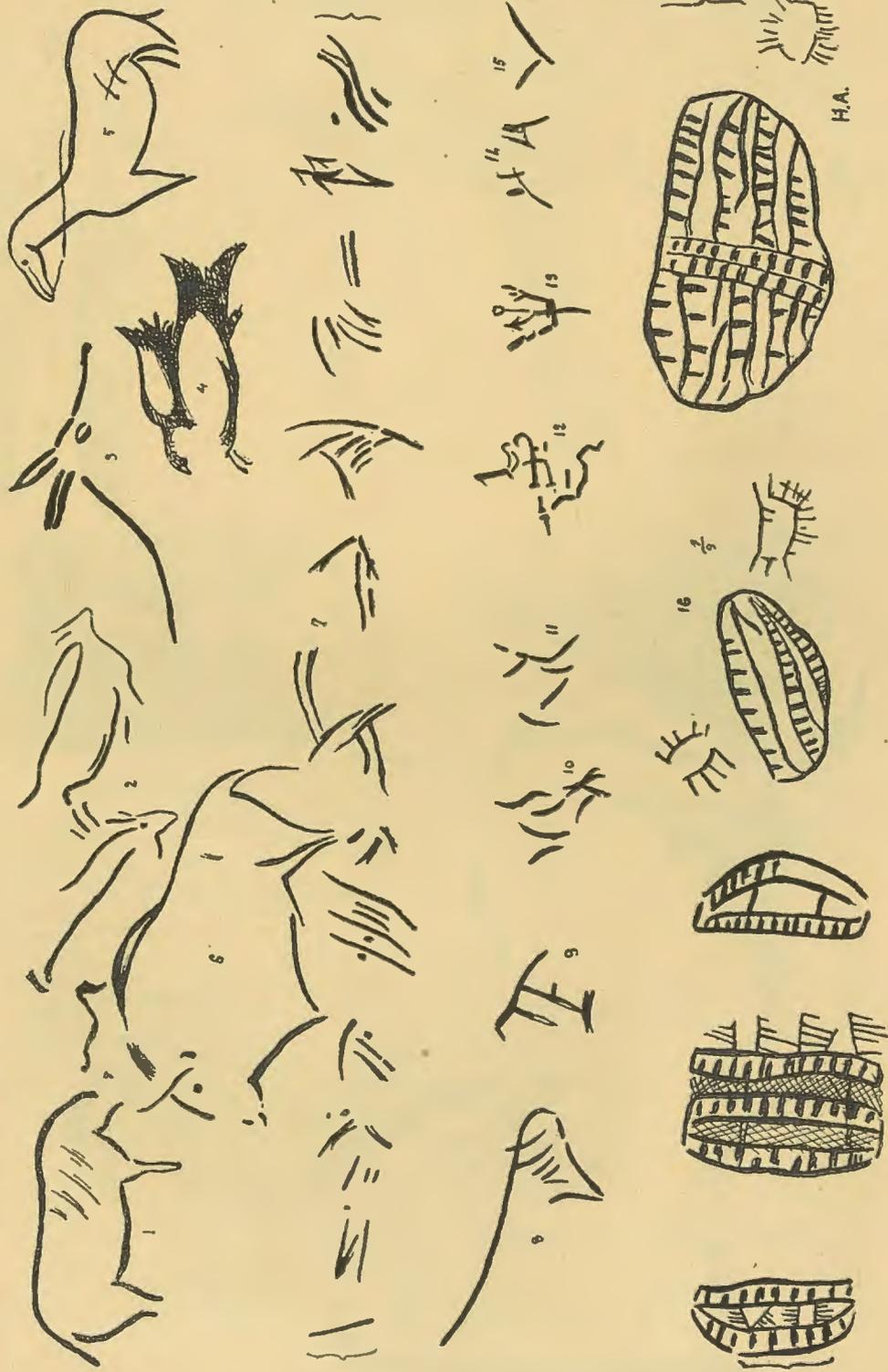
Todos estos niveles pueden suponérseles: el *tercero* como correspondiente á la época *Magdaleniana*; el *segundo* y *primero* al fin del *paleolítico* ó primeros albores del *neolítico*; el *superior* al *neolítico*.

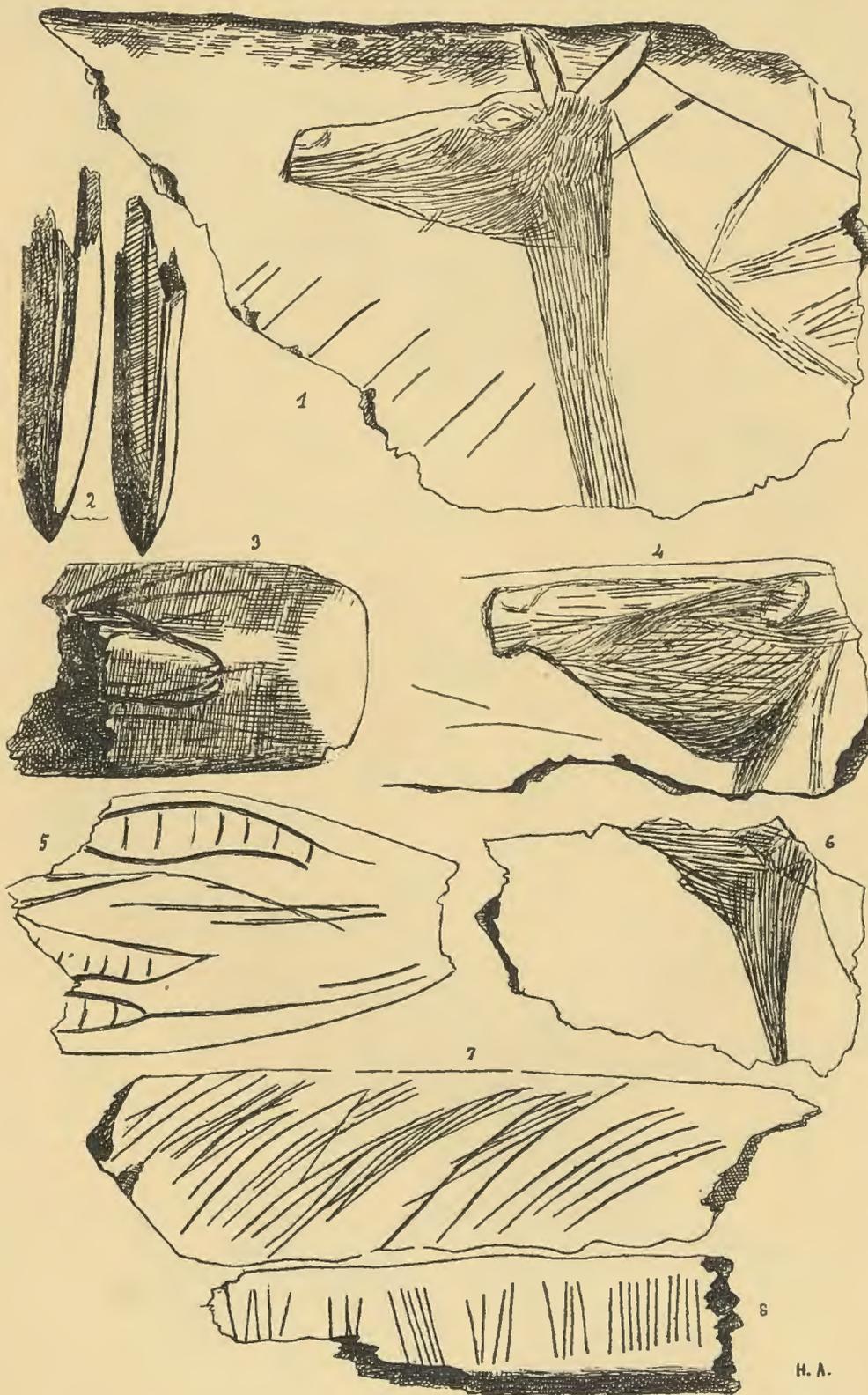
Tal en conjunto es el trabajo por mí llevado á cabo y que á manera de esbozo expongo en estos apuntes á la consideración de aquellas gentes entregadas de lleno á la resolución de tan delicados é interesantes problemas. Quédese á ellos el resolverlos, bástame á mí la satisfacción de haber contribuido con un granito de arena al acumulación de materiales con los cuales se llegue á reconstituir la gran obra del edificio social donde la humanidad toda tomo albergue.

Torrelavega (Santander), Enero de 1906.

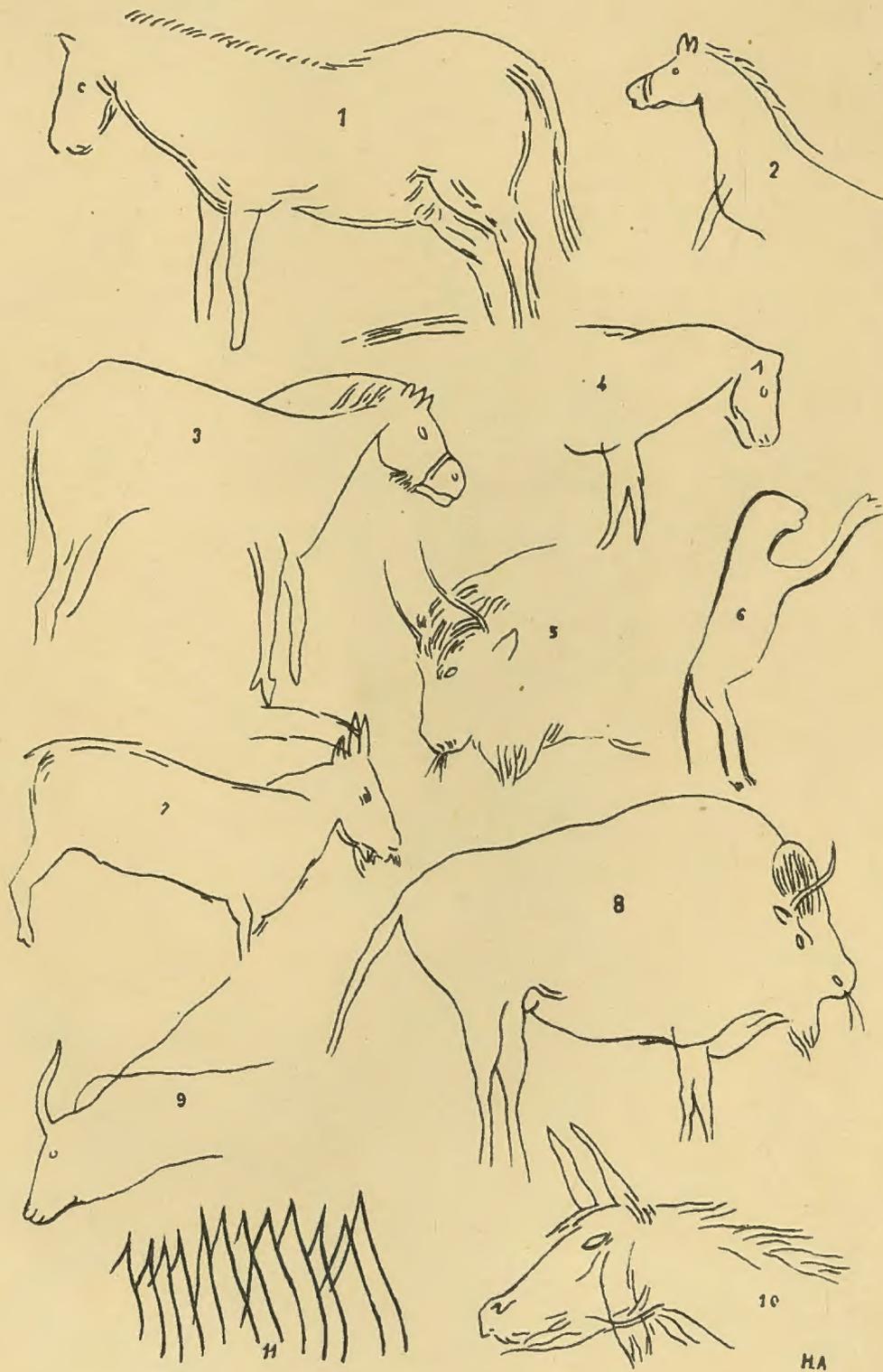
HERMILIO ALCALDE DEL RIO.

¹ Op. cit., *Ant. preh. de And.*, figs. 25, 39, 44 y 52.

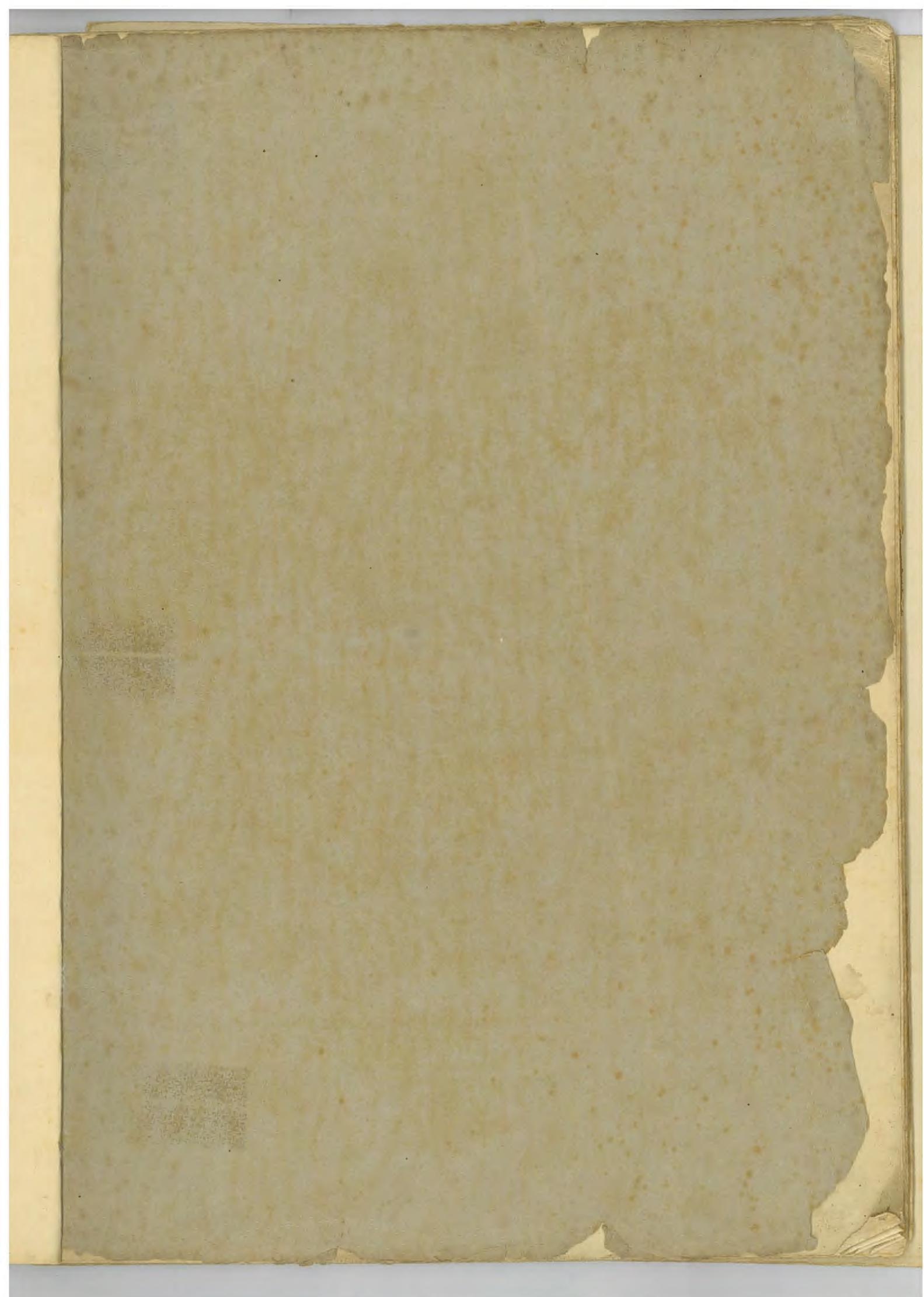




ALTAMIRA—HUESOS GRABADOS



HORNOS DE LA PEÑA



PORTUGALIA

MATERIAES PARA O ESTUDO DO POVO PORTUGUEZ

PRIMEIRO TOMO

(1899-1903)

Os quatro fasciculos que constituem o tomo primeiro d'este archivo occupam-se da arte mycenica na peninsula, de grutas prè-historicas, de megalithos, de estatuaria lusitana, de variado mobiliario prè e proto-historico, de antiguidades romanas, de epigraphia lapidar e de nummária; de ossuarios prehistoricos e historicos; da anthropologia de populações actuaes; do regimen da propriedade nos tempos romano e wisigothico; da pedagogia, da imaginária e do refraneiro populares; das industrias tradicionaes—lavoura, pescas, debulha, moagem, azenhas, olarias, azulejos, luminária, fição e tecelagem, palitos, etc.; da arte popular; dos jogos infantis; dos amuletos, ex-votos e costumes funerarios; dos costumes algarvios, da ethnographia alemtejana e do folk-lore transmontano; das sobrevivencias; das collecções, museus e sociedades scientificas; dos mortos illustres; das publicações referentes á archeologia, á anthropologia e á ethnographia peninsulares.

Collaboradores litterarios: *A. Duarte Silva, Albano Bellino, Alberto Sampaio, Antonio Augusto Gonçalves, Antonio dos Santos Rocha, Armando da Silva, A. Thomaz Pires, Augusto Goltz de Carvalho, Balthasar Coelho, F. Adolpho Coelho, Ferreira Loureiro, Fonseca Cândoso, Francisco Martins Sarmiento, Henrique Botelho, João Pereira Jardim, Joaquim de Vasconcellos, José Brenha, José da Silva Picão, José Fortes, José Joaquim Nunes, Luiz de Castro (D.), Luiz de Figueiredo da Guerra, Manuel Monteiro, M. Vieira Natividade, Mello de Mattos, Oliveira Guimarães, Pedro de Azevedo, P. Belchior da Cruz, P. Fernandes Thomaz, Ricardo Severo, Rocha Peixoto, Sousa Viterbo, Tavares Teixeira e Theophilo Braga.*

Collaboradores artisticos: *Accacio Lino, Alvaro Costa, Augusto Cabral, D. Aurelia de Sousa, Carlos Villares, D. Clotilde da Rocha Peixoto, E. Casanova, Ernesto Korrodí, Fonseca Cardoso, Francisco Gil, Francisco Loureiro, G. Cristofanetti, Goltz de Carvalho, G. Van Kricken, G. V. Fiorentini, Hugo de Noronha, José Bielman, José Fortes, Julio Costa, Leopoldo Battistini, Michelangelo Soá, M. Vieira Natividade, Ricardo Severo, Silvestro Silvestri, D. Sophia de Sousa, etc.*

Clichés de: *Alvaro Coelho, E. Biel, Joaquim de Abreu, José Fortes, Julio Henriques, M. Carneiro, Mello de Mattos, Ricardo Severo, Rocha Peixoto, Sousa Pinto, etc.*

886 pags., xxxv estampas soltas e 473 illustrações no texto em zincographia, similitgravura, phototypia e chromolithographia, executadas nas officinas de E. Biel & C.^a, C. Sousa & Filho, Marques Abreu & C.^a, do Porto e P. Marinho & C.^a, de Lisboa.

Preço do tomo, com cartongem especial. . . 9\$000 réis

As capas para a encadernação d'este tomo, do qual resta um numero diminuto de exemplares, são de pergaminho com ornamentação especial a vermelho e oiro, e vendem-se pelo preço de 1\$500 réis cada uma. A encadernação completa custa 2\$500 réis.

Requisições á Direcção:—Rua do Conde, 21—PORTO

COMPOSTO E IMPRESSO NAS OFFICINAS DA «IMPRESA PORTUGUEZA»

Rua Formosa n.º 112—PORTO

Acabado em 12 de Maio de 1906